

# REVISTA EUROPEA.

NÚM. 226

23 DE JUNIO DE 1878.

AÑO V.

## LEIBNITZ. <sup>(1)</sup>

Godofredo Guillermo Leibnitz, nació en Leipzig, en 3 de Julio de 1636, habiendo fallecido su padre, cuando apenas contaba aquel seis años. Dió, desde luego, señales de una admirable precocidad, como verán nuestros lectores en la historia que de sí mismo escribió á los veinticuatro años. Entró en estudios mayores á los quince, sin haber para él rama alguna de la ciencia, á que no se consagrara con éxito admirable. Como no se le admitiera por la Facultad de Leipzig al doctorado, con el pretexto de ser demasiado jóven, recurrió á la Universidad de Altorf, en Nuremberg, donde no sólo recibió la borla, sino que se le invitó con insistencia á que aceptara un puesto en el seno de la misma, lo que rehusó porque eran otros sus destinos y su vocacion. En Nuremberg entabló relaciones con el baron de Boinebourg, antiguo canciller del elector de Maguncia, acompañándole á Francfort, en donde, por recomendacion de este personaje entró Leibnitz al servicio del elector como consejero de justicia. Allí permaneció hasta 1662, que se trasladó á París con una comision del referido baron, yendo al año siguiente á visitar á Lóndres; y por aquel tiempo la Academia real de París y la Sociedad real de Lóndres le nombraron miembro extranjero de las mismas. Permaneció en París hasta 1667, despues de visitar por segunda vez á Lóndres y recorrer la Holanda, se fijó en Hannover, á donde fué llamado por su nuevo protector el duque Juan Federico de Brunswick-Lunebourg, donde permaneció diez años consecutivos. Du-

(1). Este estudio es el prólogo puesto por el traductor á la edicion española de las *Obras de Leibnitz* que está publicando la casa editorial de Medina en la *Biblioteca filosófica*, fundada hace tiempo, y en la cual han visto ya la luz las versiones castellanas de las obras de Platon y de Aristóteles. Véase el anuncio que vá en la cubierta de este número.

(N. de la R.)

rante ellos, tuvo gran parte en la fundacion de las *Acta eruditorum*, y encargado por el duque Ernesto-Augusto de escribir la historia de la casa de Brunswick en cuya comision empleó tres años, recorriendo, para ello, la Alemania é Italia, consiguió elevar á aquél á la dignidad de elector del Imperio. No contento con ser el fundador del *Diario de los Sabios*, quiso que se creara en Berlin una Academia que rivalizara con las de Lóndres y París; y tuvo la gloria de realizarlo, siendo él su primer presidente (1700).

En 1711 tuvo en Torgau una entrevista con Pedro el Grande, quien le consultó sobre sus proyectos de civilizacion, asignándole una pension y un título honorífico. En aquel mismo tiempo, el Emperador Carlos VI le dió cartas de nobleza y luego una pension, en recompensa de la parte que habia tenido en el tratado de Utrecht.

Creyendo Leibnitz comprometida la existencia de la nueva Academia de Berlin, á la muerte de Federico I, por el espíritu poco literario del sucesor, se trasladó á Viena, de acuerdo con el príncipe Eugenio, para crear allí otra nueva; más la peste impidió, por entonces, la realizacion de este proyecto. La elevacion de Guillermo, elector de Hannover, al trono de Inglaterra, le obligó á retirarse á esta última ciudad, de donde ya no salió, dando la última mano á sus obras hasta el dia de su muerte, que fué el 14 de Noviembre de 1716, á los setenta años de edad. Sobre su tumba se puso la sencilla inscripcion siguiente:

*Hic jacent ossa Leibnitii.*

Leibnitz era de una estatura regular y agradables formas, corto de vista, de noble aspecto, fisonomía simpática, accesible en su trato, desinteresado: con la conciencia de su superioridad, era un tanto receloso, y su amor propio, fácilmente se resentía, como se vé en su correspondencia. Sin contraer matrimonio, vivió toda su vida consagrado á la ciencia y al triunfo de la verdad.

A la vista de esta tan diminuta relacion biográfica, en la que ni se desenvuelven sus hechos

científicos, ni se citan sus obras ni se descubren sus pensamientos, se presenta desde luego una reflexión incontestable. Leibnitz, pobre hijo de un mero profesor, privado á la edad de seis años hasta de la natural protección paterna, se le vé entrar en relación con los más ilustrados príncipes, con las principales Academias y con los primeros sábios de la Europa, influyendo en los negocios de su siglo, y esto sólo pudo conseguirlo con la fuerza y elevación de su poderosa inteligencia. El espíritu que de la nada llega á esta altura, no tiene otro nombre que el de un génio.

Este rasgo general es oportuno para dar á conocer á este filósofo en su conjunto, y como una idea preliminar para considerarle sólo como filósofo, respondiendo al único pensamiento que encierra nuestro programa. En este concepto, entre sus obras sobre los infinitos objetos á que aplicó su vasta inteligencia, hemos procurado con el más exquisito cuidado que aparezca en esta publicación todo lo más fundamental y lo más esencial de lo que constituye su sistema filosófico, y tenemos la convicción más íntima de no haber omitido absolutamente nada de cuanto puede llenar este grande objeto.

Los que conocen la historia de la filosofía, y particularmente los que han sido suscritores de las obras de Platon y de Aristóteles, habrán visto la distinta marcha que han llevado estos dos grandes filósofos para el desarrollo de sus doctrinas y de su pensamiento. Platon, fiel imitador de la conducta de Sócrates, su maestro, el cual, sin escribir nada, exponía sus opiniones á la juventud, aprovechando todos los incidentes de la vida práctica en conversaciones privadas, en las palestras, en los liceos, en la plaza pública, presenta sus diálogos con toda la vaguedad en la forma que naturalmente llevan consigo la multiplicidad y variedad infinita de cuestiones, de incidentes y de situaciones dadas. Por lo contrario, Aristóteles produce un sólo arranque todo su pensamiento y todas sus obras, en las que no sólo aparece unidad de idea sino también unidad didáctica de ejecución, así que no hay necesidad de ir por sinuosidades y rodeos en busca de su pensamiento. Otros modelos de este método tenemos en los tiempos modernos, como Descartes, Locke, Kant, pero no hay que hacerse la ilusión de hallar esto en Leibnitz.

El modelo para Leibnitz es Platon. Es preciso

considerar la situación crítica en que apareció en el mundo y las condiciones especiales que le caracterizaban, para conocer que no estaba en sus destinos publicar ninguna obra fundamental, en la que condensara todo su pensamiento filosófico de un sólo arranque. Leibnitz apareció en la escena, no en los siglos xv y xvi, que fueron siglos de renacimiento, y por lo mismo de erudición, en los que el gran trabajo y el gran mérito de los hombres entendidos consistió en dar á conocer á Europa los valiosos tesoros, hasta entonces ocultos de la cultura griega y romana. Cuando Leibnitz apareció en el mundo, esta época habia pasado ya; él vió que su tiempo,—1646 á 1716,—no era ya época de erudición; vió que el espíritu humano habia recobrado su independencia en el terreno de la ciencia, que el principio de autoridad y el *verba magistri* en estas materias habian perdido todo su influjo y que la razón campeaba ya haciendo uso libre de todos sus derechos. Leibnitz se encontró en medio de una pléyade de hombres extraordinarios, consagrados todos al cultivo de la filosofía y de las ciencias, siendo inmensos los descubrimientos que se agolpaban en todos rumbos, saliendo del caos de los siglos medios, como sale la aurora de entre las tinieblas de la noche, un nuevo mundo destinado á iluminar los espíritus con el cultivo de la razón, desentrañando los secretos de la naturaleza y mejorando las condiciones del hombre en este mundo. Este es el magnífico cuadro que presentó el siglo de Leibnitz, y para ponerlo en evidencia, basta citar los principales hombres grandes que cultivaron en aquella dichosa época la metafísica, la moral, la física, las matemáticas, la química, la astronomía, la religion, las bellas artes y todos los ramos del saber humano. Basta citar á Newton, Descartes, Fenelon, Galileo, Bayle, Gassendo, Spinoza, Fontenelle, Pascal, Hobbes, Locke, Keplero, Bossuet, Arnauld, Clarke, Nicole, Malebranche y otros muchos á que se debe el conjunto de saber y de ciencia que caracteriza á aquel gran siglo eminentemente espiritualista. Lo sensible fué, que en medio de este movimiento científico, que se observaba en Italia, en Francia, en Inglaterra y Alemania, sólo nuestra España guardaba silencio; y sólo apareció en este mismo período entre nosotros un génio, que dió paso á luz en el terreno práctico, al mismo tiempo que Descartes le estaba dando

en e terreno de la ciencia, bajo la apariencia de condenar los libros caballerescos y fantásticos, que constituian toda nuestra ciencia. Y con motivo de haber prohibido el Papa que en España se tratara la cuestion del sistema copernicano, dice Leibnitz en algun pasaje, que encontrarán nuestros lectores en esta publicacion, que no habia razon para negar á España la libertad racional y filosófica que disfrutaban los demás pueblos; y era tanto más íntimo este sentimiento en él, cuanto que conocia y estimaba en todo lo que valen nuestros filósofos y nuestros grandes teólogos del siglo XVI, siglo tolerante comparado con los que le siguieron.

Pues bien, á Leibnitz, que veia este desarrollo inmenso que recibian las ciencias, al ir en busca de nuevos derroteros que habian de conducir á un nuevo mundo, y que conocia las fuerzas de su espíritu, sostenidas por una actividad incansable, no cuadraba estudiar en el silencio de su gabinete las producciones de todos estos sábios, y una vez formado su juicio, presentar en un solo arranque y en una obra fundamental todo su pensamiento, porque, repito, no era este su destino. No es nuestro ánimo hacer un juicio crítico de su doctrina, que consignado está en nuestra *Exposicion de los sistemas filosóficos*, y sólo diré que los grandes descubrimientos de Newton, de Keplero, de Galileo y de tantos otros sábios, le condujeron naturalmente á considerar la grandeza de la creacion bajo un punto de vista que apenas á ningun filósofo se le habia ocurrido. A sus ojos un Dios personal y soberanamente sabio imprimió al universo entero, al soltarlo de sus manos, principios inateriales (mónadas) dotados de fuerza interna, (*vis insita*) sin influir directamente los unos sobre los otros, como que no tienen puertas ni ventanas, pero que en sus relaciones exteriores mantienen una mútua y omnimoda correspondencia que constituye el orden y la armonía del universo, que es la idea más grandiosa y más digna del Sér Supremo. La materia es un puro fenómeno, y estos principios inateriales, que como una cantidad constante obran directa y permanentemente bajo la mano de Dios, mantienen una evolucion constante, no de mentempsicosis, sino de trasformacion, en el universo, en el que todo se renueva, los seres vivos se trasforman, las sustancias subsisten, no siendo la muerte más que aparente: cuadro

magnífico del universo, que presenta Leibnitz, poniendo por testigos á todos los seres racionales á los cuales supone siempre adheridos, en todas sus evoluciones, precisa y constantemente á un organismo físico que constituye su limitacion, mostrándonos unidos á todos esos cuerpos que ruedan en el espacio, destinados á admirar tanta grandeza, y que constituyen lo que Leibnitz llama la Ciudad de Dios, cuyo monarca es Dios mismo. Es lástima que esa incomunicacion interna y absoluta, que forma la base de esta grandiosa concepcion de la armonía universal de los seres desde la creacion del universo, la haya hecho Leibnitz extensiva á la comunicacion del alma con el cuerpo, sin haber tenido en cuenta, que, siendo el hombre una imágen de Dios, y hecho un pequeño dios de la naturaleza, debió recibir su alma, de manos del Creador, el poder de influir directamente sobre los cuerpos y sobre la materia, en su condicion limitada y finita, al modo que Dios, espíritu inmaterial, purísimo é infinito, influye infinitamente sobre todos los cuerpos y sobre todos los espíritus en todo el universo.

Leibnitz, en la pureza de sus sentimientos, y en la rectitud de su juicio, cree que su sistema presta un gran apoyo á los dogmas cristianos, de los que se muestra acérrimo defensor, hasta el punto de que, al tropezar con la mancha del pecado de Adán, se muestra poco fiel á la base de su sistema, y entre los gérmenes primitivos de todos los seres vivos, que desde la creacion nadaban sobre las aguas, segun la expresion del Génesis, quiere que aparezca el hombre despues de este mundo por un agregado de la razon á algunos seres puramente sensibles, mediante una operacion posterior divina, que el mismo Leibnitz dice que no sabe si es ordinaria ó extraordinaria.

Colocado nuestro filósofo á esta altura, tuvo precision de combatir á Gassendo, renovador de la teoría de los átomos de Epicuro; á Hobbes, que dogmatizaba, como materialista; á Descartes, que negaba la actividad de las sustancias y la inmutabilidad del principio moral; á Spinoza, que, al identificar al Creador con la creacion, destruia la personalidad de Dios, y al socinianismo, que negaba toda revelacion; sistemas todos estos que estaban enteramente en pugna con el pensamiento de nuestro filósofo.

Mas, como dije antes, no hay que buscar el

pensamiento de éste en una obra premeditada y desenvuelta de un golpe. Dotado de una retentiva tan prodigiosa que le ahorra leer dos veces un mismo libro, bastante indómito para someterse á juicio ajeno, lanzaba sucesivamente sus nuevas concepciones ó sus impugnaciones, que sometía al juicio de los sábios. Confiesa que aún no contaba veinte años, y ya se dió á conocer, publicando un artículo científico, lamentándose de que mucho despues se reimprimiera sin su conocimiento aquel *début* de su juventud, que, á su juicio, necesitaba una séria rectificación. Este hecho deja ver claramente su tendencia á la discusion y á la polémica; y esto es tan cierto, que toda su vida no ha sido más que una pura pelea, para realizar la cual aprovechó cuantos elementos podían utilizarse en un siglo, en el que las relaciones científicas ofrecían tantas dificultades; pero Leibnitz todo lo vencía con su ánsia de saber y su ilimitada actividad, dándose á conocer en el *Diario de los Sábios*, en las *Novedades de la república de las letras* y en las Academias reales de Lóndres, París y Berlin, sosteniendo en todas partes sus creencias filosóficas. De esta polémica tan variada y constantemente sostenida, resulta la necesidad de buscar sus doctrinas en disertaciones, en discursos, en aclaraciones, en sus animadas correspondencias con amigos y con adversarios; y en las excitaciones que recibía por todos rumbos; sin más excepciones que las relativas al empirismo de Locke, al que consagró un libro entero: *Nuevo ensayo del entendimiento humano*, y su dogmatismo cristiano, al que consagró otro libro: *La Teodicea*.

Leibnitz era un eclético, pero en el buen sentido de la palabra; porque el eclecticismo, que en otros busca la verdad en trabajos ajenos y ahoga las aspiraciones propias, en él era un aliciente á su inventiva para ser creador, y creador en la forma vária que aparece en sus obras. Esto es grande, es magnífico para la ciencia; mas para los que intentan dar á conocer aquellas, no deja de ser un inconveniente. Dos caminos se presentan para salvarlo: ó formar una especie de análisis haciendo que la colocacion de sus escritos lleven el mismo orden cronológico que llevó su pensamiento, y de este modo se estudien, á la par, las obras y la marcha progresiva de la idea, ó, por inversa, seguir un método sintético, presentando desde luego

aquellos escritos en que están consignados todos los grandes principios metafísicos que sean fundamento de su sistema. El análisis, que es un método inventivo, tiene en este caso inconvenientes; y, por lo contrario, la síntesis, que es un método de explicacion y de enseñanza, le cuadra perfectamente. Además, la muerte cerró todo lo que tenía que decir Leibnitz, y tratando de darle á conocer en la vária multiplicidad de sus producciones, es lo más natural presentar, desde luego, al metafísico, para que de su doctrina se saquen naturalmente todas sus consecuencias.

Fundado en estas consideraciones, he preferido lo segundo, pero sin desentenderme, dentro de esto, de lo primero. En los cinco tomos de que consta esta publicacion, despues de encabezar el primero con la historia que de sí mismo escribió este filósofo, cuando sólo tenía veinticuatro años, para que se vea su asombrosa precocidad, aparecen á continuacion los extractos del Fedon y del Teetetes de Platon, que tradujo cuando tenía treinta. Dice en alguna parte de sus obras, que al principio tuvo alguna inclinacion al sistema atomístico; pero esto debió durar poco, porque su traduccion de aquellos dos diálogos señala perfectamente que estaba ya inspirado por Platon, cuyo sentido está en el corazon de su sistema. Leibnitz llevó al más alto poder la dialéctica de este gran filósofo, que no debe confundirse con la de Aristóteles; y así se vé, que, remontando Leibnitz por la cadena de los seres, busca en ellos lo que tienen de real, busca la forma bajo la materia, y aprovechando las formas sustanciales de Aristóteles, llega á las formas necesarias del sér. Dada á conocer esta tendencia con la traduccion del Fedon y del Teetetes, puesta al principio del tomo primero, el resto de éste comprende todas las demás producciones en que aparece el *Pensamiento metafísico* de Leibnitz. Los tomos segundo y tercero lo forman: *El nuevo ensayo sobre el entendimiento humano*. El cuarto comprende la *Correspondencia filosófica* que sostuvo con el abate Foucher, con Fontenelle, con Arnauld y con el prelado Clarke, siendo muy de sentir que á la última carta de éste no contestára Leibnitz por haberle sorprendido la muerte. El tomo quinto contiene su *Teodicea*. Cuando la publicó, se le acusó por sus correligionarios de que se habia pasado al partido de Roma, lo cual se hacia tan-

to más creíble, cuanto estaba empeñado en una correspondencia teológica con el gran Bossuet para conseguir la reunion de la comunión de Augsburgo al catolicismo, pero no fué cierto; Leibnitz permaneció evangélico, según él mismo se decía, porque llevaba muy á mal que se le llamara luterano, si bien dice un autor, era católico por la imaginación y por espíritu de sistema. Sirva esto de advertencia á los lectores católicos.

Concluiré con las palabras con que termina M. J. Wilm su crítica de este filósofo. «Leibnitz ha sido uno de los principales obreros de la filosofía perpétua. Sus hipótesis y las soluciones dadas sobre las mismas han tenido la suerte de todas las formuladas sobre cuestiones evidentemente insolubles; pero sus principios generales acerca de la autoridad de la razón, de la naturaleza del espíritu, de la naturaleza en general, de la armonía universal, del gobierno del mundo por la Providencia, de la relación de Dios con las criaturas; sus principios de derecho y de moral, si se hace abstracción de la manera con que aparecen formulados, su racionalismo realista, son adquisiciones para la ciencia filosófica á los ojos de una crítica que se fije ménos en la forma del pensamiento que en el fondo. Después de haber conmovido vivamente los espíritus en el momento de su aparición en el mundo, sus obras son aún hoy una mina fecunda de instrucción y de edificación filosófica.

PATRICIO DE AZCÁRATE.

### LAS FORMAS TRANSITORIAS DE LAS ESPECIES.

Una de las más grandes objeciones que se se han hecho á la teoría de la *evolución*, es la falta de formas intermedias por las que hasta cierto punto fuera posible darse cuenta gradual de una especie en otra cuya base fuese la primera.

Cuvier decía: «Si hay transformaciones, ¿por qué la tierra no nos ha conservado sus huellas? ¿Por qué no se descubre entre el paleoterio, el megalonix, el mastodonte y las especies de hoy, algunas formas intermedias?»

Si se hallaran esas formas intermedias ú otras análogas, desaparecería la objeción de Cuvier y

la teoría de la *filiación* tendría, para establecer sus bases, materiales de un valor y de una solidez reconocidas reales por el mismo jefe de sus ardientes adversarios.

Estos materiales no están completos, pero ya son numerosos y de los más significativos. A cada instante la paleontología extrae algunos nuevos de las entrañas de la tierra, y los vacíos que hay que llenar son, por consiguiente, más raros cada día.

En esto, pues, se hallan en buen camino los darwinistas, y los cuidados que se toman para descubrir las formas transitorias, prueban bastante la importancia que conceden y la que nosotros mismos atribuimos á las consecuencias que pueden resultar, ya para la doctrina del transformismo absoluto, ya, sobre todo, para la de la simple filiación de las especies de la época actual comparadas á los tipos homólogos de los tiempos geológicos (1).

Concretémonos, sin embargo, por el momento, á señalar en cada reino orgánico algunos ejemplos de esas transiciones graduales que llegan algunas veces hasta á parecer que identifican las especies fósiles con las especies actuales, y que, por esto mismo, parecen autorizarnos á pensar que unas son los abuelos de las otras.

Hay tipos de transiciones admitidos como tales por todos los naturalistas, cualquiera que sea la escuela á que pertenecen. El *amphioxus* sirve, por decirlo así, de límite entre los dos sub-remos de los vertebrados y de los invertebrados.

Así como el ornitorinco establece el paso de los mamíferos á los pájaros, *archaeopteryx lithographica* une á estos con los reptiles; el *lepidosiren* nos conduce á los peces.

¿Quién no sabe que R. Owen ha descubierto recientemente en la arcilla de Londres (*London clay*) un pájaro fósil (el *Odontopteryx oliapicus*) cuyo pico se hallaba provisto de numerosos y puntiagudos dientes, ó más bien de tubérculos

(1) Para nosotros hay una enorme diferencia entre el transformismo absoluto, es decir, entre la teoría de la evolución tal como la admiten los darwinistas puros, y la simple filiación: hipótesis que se limita á hacer derivar las especies actuales de las especies homólogas que han existido en las diversas épocas de la historia de la tierra. Esta idea, sabido es que ha sido sustentada por los dos Geoffroy Saint-Hilaire y cuenta hoy entre sus partidarios más convencidos á Oswal Herr, A. de Caudolle, etc.

huesosos cubiertos por una capa córnea que recuerda la armadura bucal del *Chlamydosaurus*? Del mismo modo los *Dicynodontes*, por sus mandíbulas revestidas de capas córneas y sus dos dientes superiores abarquillados como los colmillos de nuestros jabalíes, recuerdan á la vez los saurianos y los quelonianos actuales.

El *rhynchosaurus* del nuevo asperon rojo de Inglaterra (*shropshire*), provisto á su vez de un pico completamente córneo, establece, por este rasgo característico, un paso entre los verdaderos saurianos y las tortugas de nuestros días.

Agassiz considera al *Ichthyosaurus* de la roca calcárea como nuncio de la venida más ó menos próxima de los cocodrilos, de las ballenas y de los ornitorincos, cuya organizacion reproduce algunos rasgos de aquél. Estos reptiles son, segun él, los tipos *proféticos*, así como el mastodonte es, por muchos de sus caracteres, especialmente por su denticion, el tipo *embrionario* de los elefantes actuales.

Si la naturaleza, en su marcha lenta y gradual, ha establecido transiciones más ó menos moderadas entre las grandes divisiones del reino animal, ¿por qué no ha de haber relacionado entre sí, por lazos de íntimo parentesco, los seres pertenecientes á grupos menos considerables y más próximos unos de otros? Partiendo de esta idea, M. Albert Gandry, se ha esforzado recientemente en demostrar que nuestros rumiantes actuales tienen por ascendientes á los paquidermos de los tiempos geológicos.

Sabido es, en efecto, que estos predominaban durante la primera mitad de la época terciaria, mientras que el reino de los rumiantes no comienza sino á partir de la segunda mitad de aquella misma época.

En el intervalo que separa estos dos períodos, se apercibe algunas formas de paso tan verdaderamente dignas de este nombre, que es muy difícil clasificarlas en uno ú otro de los citados órdenes. De este número serian el *Xiphodon* de premolares cortantes como una *épée*, carácter que le ha valido el nombre que lleva (*Ξίφος*, espada, *ὀδών*, diente); el *dremotherium* (de *Δρέμω*, corro, y *ἄρτιον*, bestia, animal), uno de los más antiguos mamíferos *corredores* en nuestro país; el *Gelocus* (de *Γῆ*, tierra, y *οἰκέω*, hábito), de costumbres más terrestres que las de sus congénicos, y por último, el *Oreodon* (de *ὄρος*, colina, montaña, y *ὀδών*, diente), del Nebrasker.

Es de notar que estos seres, medio paquidermos, medio rumiantes, carecian de cuernos; pero muchos rumiantes actuales también se hallan desprovistos de ellos. Hasta parece que el desarrollo de estos apéndices frontales ha sido gradual y en cierto modo contrario al desarrollo dental.

Muy pequeños á partir del mioceno medio, época de su primera aparicion (*Antilope clavata* y *Marteniana*, de Sansan), son mayores en las gacelas de Pikermi (*mioceno superior*), más aún en el *Antilope recticornis* del plioceno inferior de Montpellier, hasta que le vemos, en fin, adquirir las dimensiones que presentan en nuestros bueyes, carneros y cabras actuales.

En cuanto á la cornamenta de los ciervos, reducida al principio á una simple cerceta, en los muy jóvenes, se ramifica cada vez más con la edad, teniendo dos puntas al segundo año, tres al tercero, cuatro al cuarto, y así sucesivamente hasta el número de diez ó doce, y rara vez más. M. A. Gandry ha observado que las astas halladas hasta ahora en el mioceno medio representan el segundo estado de crecimiento de ese desarrollo frontal en nuestros ciervos; es decir que están provistos de dos mogotes solamente. (*Dicrocerus elegans*), de Sansan. La mayor complicacion y más grandes dimensiones se hallan en los ciervos de los tiempos cuaternarios. (*Megacerus hibernicus*, *Cervus tarandus*, *C. elaphus*), etc.

No es esto todo: parece haber existido aquí una especie de antagonismo, hemos dicho, entre el desarrollo de la armadura frontal y el del sistema dental de los rumiantes. Los que tienen la cabeza desprovista de prolongamientos frontales han conservado caninos, y con frecuencia también incisivos superiores (camello, llamas, *Hyaemoschus*); estos dientes faltan siempre en los rumiantes cornudos, los más numerosos del orden tal como está hoy constituido. Los cuernos son, pues, segun M. A. Gandry, una compensacion á los medios de defensa que presentan los dientes de la cepa paquiderma. Una vez lanzado en este camino, el sábio profesor del Museo llega de suposicion en suposicion hasta hacer derivar los dientes, tan regularmente típicos, de los bisulcos, de los dientes tan variados de los paquidermos, y encuentra en los miembros macizos y pesados de estos últimos el prototipo de los miembros tan delgados y tan ágiles de las gacelas, los antílopes y los ciervos.

Confesamos estar poco dispuesto á seguir á dicho autor en medio de esas trasformaciones más fáciles de imaginar que de demostrar; porque suponiendo que tengan una apariencia de realidad, siempre faltaria explicar cómo hay todavía dientes de paquidermos, y sobre todo cómo el estómago, ordinariamente bastante sencillo, de estos últimos, ha podido producir el estómago múltiple y complicado de los animales que se nos dice son sus descendientes.

Este trabajo de permutaciones, en nuestro concepto un poco fantástico, nos trae involuntariamente á la memoria el de que se han ocupado ciertos etimologistas que quisieron á todo trance hacer derivar, por ejemplo, la palabra *cadáver* de *caro data vermibus*.

A Gandry, sin embargo, debemos uno de los ejemplos más claros que se puede citar, si no en favor de la trasformacion de los grupos ordinales los unos en los otros, al menos en favor de su evolucion progresiva en la serie de los tiempos.

En virtud de la *ley de armonía* ó de adaptacion orgánica y funcional, un animal no rumiante, por ejemplo, para pasar al estado de rumiante, deberá franquear lentamente una serie de etapas, entre las cuales se hallará una en que su aparato digestivo participará á la vez de la estructura propia al aparato digestivo del sér en vía de trasformacion y de la del aparato especial del tipo á que pronto debe pertenecer. El mismo razonamiento podrá aplicarse á cualquier otro aparato ó á cualquier otro órgano, al conjunto entero de un sér cualquiera que pasa de un grupo á otro diferente del suyo.

M. Alberto Gandry está, en nuestro concepto más atinado al registrar con cuidado las modificaciones que cree apercibir entre tales ó cuales especies, tales ó cuales géneros: bastante próximos unos á otros para que se pueda, sin demasiados esfuerzos de imaginacion, suponer que están unidos por lazos de un legítimo parentesco. Nos hallamos, pues, dispuestos, á considerar con él su *Mesopithecus Pentelici*, como intermediario entre los macacos y los semnopitecos; tiene los miembros del uno y el cráneo del otro. Admitimos que su *Mesarcos* recuerda á la vez los caracteres de los osos y los de los perros.

Los rinocerontes de Pikermi se unen á los actuales, formando con ellos un género natural que encierra especies, entre las cuales se establecen las transiciones del modo más evidente.

El *mastodonte pentelici* abarca dos subgéneros considerados como bastante diferentes: el *trilofodonte* y el *tetralofodonte*.

En Pikermi y en la India existen especies de mastodontes que, por su denticion, forman un paso muy sensible á los elefantes.

El *dinoterio* parece ser un proboscideo; pero su cráneo lo aproxima á los lamantinos.

Admitimos tambien sin dificultad alguna que el *Sus Lrymanthus* es un intermediario indudable entre el *Sus scropha* y el jabalí del Africa central. En fin, el *Sus provincialis* del plioceno de Montpellier se aproxima al jabalí de Erimante, y ofrece, como él, una denticion que une á los *Palæochærus* de la época miocena inferior con los cerdos actuales.

Del mismo modo el *Helladotherium* era intermediario de las girafas y los antilopes. El *Palæorcas* unia á estos con las gacelas.

El *Tragocerus Amalthens*, es evidentemente un tipo de transicion entre los antilopes y las cabras de las que parece ser precursor.

En Sansan como en Pikermi, casi todos los géneros nuevos son igualmente tipos de transicion, como M. E. Lartet lo ha observado hace mucho tiempo. Su *Palæochærus* anuncia nuestros jabalíes; su *Dicrocerus crassus* (*Hycemoschus crassus*, Alf. Milne Edwards) apenas difiere del *Hycemoschus aquaticus* del Africa occidental; su *Dryopithecus* es un verdadero gibbon.

Por último, Lund ha comprobado que la fauna extinguida del Brasil se compone de tipos idénticos á los que hoy se observan en aquella parte de América (*Desdentados*), y M. R. Owen ha hecho la misma observacion respecto á la Australia. Sus tipos extinguidos de mamíferos, pertenecen casi exclusivamente, como los tipos vivos de nuestros dias, al orden de los marsupiales.

Desde el origen de los tiempos terciarios, la fauna de América y la de Nueva-Holanda se componian de animales de organizacion análoga ó parecida á las de los animales que las componen en nuestros dias.

M. H. Filhol, por su parte, continuando con celo ejemplar sus sábios estudios sobre las fosforitas del Quercy, ha encontrado en este yacimiento numerosos ejemplos de transiciones moderadas entre las diversas especies de un mismo género ó entre géneros afines.

Segun él, las numerosas especies del género

*Palaeotherium* pasarían las unas á las otras y no serían en realidad más que razas ó variedades permanentes, reductibles á un solo tipo común á todas.

Por la misma razón, las diversas razas del *hienoido* que se encuentran en las fosforitas del Lat tendrían sus análogas en otras razas de la América del Norte, unidas á las primeras por un común origen.

El *Necrolemur anticus* del Quercy ofrece parecidos innegables con el galapago del Senegal.

En el orden de los carnívoros se encuentran gatos intermediarios entre los felinos y los mustelinos; perros que unen el género *Cinógallo* al género *Anficion*; otros relacionan el mismo género *Cinógallo* con nuestros perros actuales.

El *protapirus priscus* reunía las dos denticiones de los tapires (en la quijada inferior,) y de los lofioidos (en la superior,) estableciendo así entre ellos una transición evidente, y aún quizá lazos de parentesco.

Los numerosos queirópteros de las fosforitas parecían idénticos á los de nuestros días. Lo mismo sucede respecto á ciertos reptiles de los géneros piton, varan y culebra, que es casi imposible no considerar como enteramente semejantes á sus representantes actuales.

No olvidemos, sobre todo, de mencionar como un hecho de los más raros y singulares, el descubrimiento en las fosforitas de una rana con la piel arrugada, como la *rana tigrina* de la India, y tan bien conservada que parecía haber sido petrificada por un procedimiento rápido y desconocido, cuando aún vivía.

Lo que más nos ha podido asombrar, aunque el reino vegetal ofrece hechos enteramente análogos, es el carácter mixto que reviste la forma de las fosforitas, compuesta á la vez de especies europeas asociadas á raras especies exóticas, y á numerosos tipos africanos ó americanos. El asombro disminuye, y cesa por completo teniendo en cuenta que en la época terciaria, la Europa se hallaba unida á la América, y la España formando parte del continente africano. De aquí ciertas facilidades de emigraciones que han llegado á ser hoy imposibles. En aquellos tiempos había también una temperatura más conforme y elevada que la de nuestros días. Por otra parte, esa extraña asociación de formas, ahora exóticas con las que siguen siendo europeas, no es particular á la forma mamalógica de las fos-

foritas del Quercy. La de Sans án ofrecía también ese carácter. Y lo mismo sucede respecto á las formas entomológicas de Aix en Provenza, de Eningen en Suiza y de Radoboj en Hungría.

N. JOLY.

(Concluirá.)

## LOS FERRO-CARRILES EN LA INDIA INGLESA.

Sabido es de todos que el Indostan afecta la forma de un triángulo. Su base es la cordillera del Himalaya, prolongada al O. por el Indus y al E. por el Ganges: los lados, el litoral del golfo de Bengala por Oriente, y las costas del mar de Oman por Poniente; y la cúspide viene á ser el cabo Comorin. Pues bien; la red de los ferro-carriles de la India inglesa tiende á unir ambos mares por medio de líneas oblicuas que, partiendo del NO., enlazan á Peshawur, situado al pié del Himalaya, y en los límites mismos del Alganistan con Calcuta en el golfo de Bengala, pasando por Lahore, Delhi, Agra, Cawpore y Allahabad; á Allahabad, á orillas del rio Jumne, con Bombay en el mar de Oman; á Bombay con Madrás en el citado golfo de Bengala; á Madrás con Negatapam en el mismo litoral á 160 kilómetros del cabo Comorin, y con Beypor en la costa opuesta próximamente á la misma distancia de este mismo cabo. Dos líneas secundarias cruzan además la presidencia de Bengala, y otras varias menos importantes ponen en comunicacion las dos riberas del Ganges entre Benarés y Delhi. Esto en cuanto á las vías en explotacion.

Respecto á las construidas sólo en parte, debemos citar: la que debe enlazar, á través del Pondjab, Lahore con Kurrahech cerca de las bocas del Indus; la que debe unir Delhi y Bombay, atravesando el Estado ó provincia de Rajputana; la línea de Madrás á Tuticorin, á 50 kilómetros del cabo Comorin, y la de Calcutta á Darjeeling al pié del Himalaya por el E. Finalmente, en 1874 se aprobó el proyecto de dos nuevos ferro-carriles: uno que debe poner en comunicacion las dos grandes líneas de Allahabad á Bombay y de esta ciudad á Delhi, por medio de una vía trasversal que pasará por el indora, y otro que será el primero que se cons-

truya en el imperio de Birman, y que partiendo de Raugun se dirigirá por la orilla izquierda del Irawaddy hasta llegar á Prome sobre el mismo río.

De todas las líneas indicadas, la más antigua es la que, partiendo de Bombay y dirigiéndose al NO. y al SE., viene á enlazarse con las que conducen á Calcutta y á Madrás, construida en 1853, gracias á la inteligencia y energía del último gobernador general de la Compañía de las Indias, lord Dalhousie, que tuvo necesidad de adquirir en la metrópoli todos los materiales de construcción, por no ser explotables á la sazón los hierros y madera del país, y que fundó al efecto una sociedad en que se interesaron muchos capitales de la colonia. En 1854 empezó á construirse la de Calcutta á Peshawur, que es la más importante de todas, pues mide 2.406 kilómetros, comprendiendo en ella la de Jubulpore, de 375 k., y nuevas empresas abrieron á la explotación diferentes líneas en años sucesivos hasta 1870, en que el Estado, después de haber comprado el ferrocarril *Calcutta and SE.*, acometió la construcción á sus espensas de algunas líneas que unidas á las ejecutadas por las Compañías, han elevado á 10.033 kilómetros la longitud total de los ferrocarriles puestos en explotación en 1.º de Enero de 1875, en esta forma:

	Kilómetros.
Líneas del Estado.....	1.044
— de las Compañías....	8.989
<b>TOTAL.....</b>	<b>10.033</b>

Ya hemos dicho que la línea de mayor longitud es la *East Indian*, entre Calcutta y Peshawur. En segundo lugar figura la *Great Indian Peninsular*, entre Bombay, Calcutta y Madrás, que mide 2.045 kilómetros. Entre las líneas del Estado, la de Rajputana, que es la mayor, sólo mide 456 kilómetros.

En 1.º de Enero de 1867 no había en explotación más que 5.708 kilómetros de ferrocarril, de modo que en el espacio de ocho años se han entregado al público 4.325 kilómetros. Terminada la red proyectada, y que debe estarlo dentro de un plazo no muy largo, la India inglesa poseerá 24.939 kilómetros de ferrocarril.

Los ferrocarriles construidos en aquel imperio antes de 1870, tenían 1<sup>m</sup>,67 de anchura, pero después de aquella fecha se han construido

939 kilómetros de vía con un solo metro de anchura, y el de Nulhattee, ramal del *East Indian* de 45 kilómetros que tiene 1<sup>m</sup>,22. Dobles vías, únicamente se encuentran en las líneas más importantes, de modo que apenas llegan á la novena parte de la longitud total de los ferrocarriles puestos actualmente en explotación.

El 31 de Marzo de 1875 las sumas gastadas en las diez y ocho líneas de la India, diez del Estado y ocho de las Compañías, ascendía á 3.175.440.000 francos. La parte correspondiente á las Compañías importaba 2.319.660.000 francos, ó sea el 75 por 100. Al formarse los respectivos presupuestos, se calculó que las líneas proyectadas por las Compañías costarían 2.379.870.000 francos, de modo que no sólo los gastos efectivos han sido menores que los presupuestos, lo cual ya es bien notable, sino que la diferencia ha sido nada menos que de 60.310.000 francos.

Los accionistas de las ocho compañías constructoras fueron 62.300; en esta forma: 864 ingleses residentes en la India, 56.797 domiciliados en Inglaterra, 4.639 extranjeros, 448 europeos residentes en la India (la mayor parte ingleses), y 416 indígenas.

A pesar de los terrenos cedidos gratuitamente por el Estado, las líneas construidas por las Compañías han costado á razón de 260.000 fr. por término medio. En la del *East Indian* ha salido el kilómetro á más de 300.000 fr., y sin embargo, hace ya cinco años que esta Compañía satisface á los accionistas más del 5 por 100 de beneficio.

Las líneas construidas por el Estado costaron 213.440.000 fr.; esto es, poco más de 200.000 francos por kilómetro. De aquella cantidad 50 millones los pagó la Metrópolis, los 163 millones restantes la colonia.

Sumadas las cantidades invertidas por el Estado en la construcción de sus diez líneas ferreas, á las anticipadas por el mismo á las Empresas, y no reembolsadas todavía, resulta haber satisfecho el Estado, por el concepto de ferrocarriles, 855.780.000 fr.; esto es, el 27 por 100 del coste total de las líneas construidas.

Hé aquí los gastos y productos de los ferrocarriles de la India en los años 1873 y 1874:

Las Compañías de ferrocarriles de la India en los años 1873 y 1874:

AÑO 1873.	PRODUCTOS	GASTOS.	Tanto por 100 de los gastos con relacion á los productos.
Líneas de las Compañías.....	167.998.700	88.866.600	52-5
Líneas del Estado.....	561.600	487.400	86-8
<i>Total</i> .....	168.560.300	89.354.400	53-0
AÑO 1874.			
Líneas de las Compañías.....	192.156.000	93.659.000	48-7
Líneas del Estado.....	2.538.600	2.104.900	82-9
<i>Total</i> .....	194.674.600	95.757.900	49-9

Esta relacion entre los gastos y los productos varía extraordinariamente segun las líneas, pues en 1873 oscila entre el 39 por 100, correspondiente á la línea de *East Indian*, y el 115, en cuyo caso se encuentra la de *Oomrawitice*, explotada por el Estado, y en 1874 todavía presentan diferencias más notables, pues en la primera de aquellas dos líneas los gastos no importaron más que el 36 por 100 de los gastos, y en la segunda subieron al 135 por 100.

Los mayores productos realizados en 1871 se deben principalmente á los enormes trasportes que se hicieron á consecuencia del hambre que affigió al país en aquel año, y que ascendieron á 840.000 toneladas de granos, arroz y legumbres secas; así es que mientras en 1871 el producto kilométrico fué de 8.580 fr., en 1874 ascendió á 9.863, en esta forma: 10.960 fr. en las líneas de las Compañías, y 415 en las del Estado. La diferencia que en este punto presentan unas y otras clases de vía es muy notable; pero no debe sorprendernos, puesto que la explotacion de las pertenecientes al Estado data, segun ya se ha dicho, del año 1860, y algunas se entregaron al público en el mismo año 1874.

Los productos obtenidos en los años 1873 y 1874, se clasifican de este modo:

PRODUCTO POR TRASPORTE.

AÑOS.	De viajeros.	De mercancías.
1873	54.499.000	107.300.000
1874	54.575.000	134.800.000

De los productos obtenidos por transporte de viajeros, el 4'81 por 100 corresponde á las de primera clase, el 4'70 á las de segunda y el 75'58 á las de tercera y cuarta clase.

Comparados los productos obtenidos en cada una de las líneas con las tarifas que respectiva-

mente han venido rigiendo, se observa que á cada reduccion de precios ha correspondido siempre un aumento en los beneficios. Esto no sólo no tiene nada de extraño, sino que es, por el contrario, lo que sucede siempre; pero en España nunca se llamará bastante la atención sobre este natural resultado de las leyes económicas. En la actualidad los viajeros pagan 14, 7 y 2 céntimos por kilómetro segun clase. Sólo en una línea, la de Nulhattee, rigen las tarifas más altas, y no figura ciertamente entre las de mayores productos, puesto que mientras en la totalidad de los ferro-carriles de la India los gastos importan, por término medio, el 49 por 100 de los productos, en la de Nulhattee asciende al 67. Las mercancías devengan, por tonelada y kilómetro, de 6 á 21 céntimos, segun las tarifas más bajas, y de 7 á 23 en las más subidas. El actual director de los caminos de hierro, M. Dauvers, todavía propone nuevas reducciones en las tarifas; pero se lucha, para acceder á sus indicaciones, con el alto precio de la hulla; que si en algunas líneas no cuesta más que 30 francos la tonelada, en otras tiene que comprarse á 140 y 170 francos.

El número de viajeros que circularon por las líneas férreas durante el año 1874 fué de 24.280.459: 22.842.001 por las de las Compañías y 1.438.458 por las del Estado. Sólo los trenes de la compañía *East Indian* trasportaron 6.031.229 viajeros, es decir, la cuarta parte del total. Las cifras consignadas en orden á los productos obtenidos por el concepto de viajeros prueban que los indígenas no repugnan emplear en sus viajes el ferro-carril, pues hemos dicho que lo recaudado por billetes de tercera y cuarta clase representa muy cerca del 76 por 100 del total obtenido por movimiento de viajeros; pero al observar que la distancia media recorrida por éstos es de 48 kilómetros, es imposible desconocer que las gentes del país no utilizan tan poderoso medio de comunicacion sino para grandes viajes, de modo que son de esperar grandísimos aumentos en los productos de los ferro-carriles de la India para el día en que aquellos habitantes se acostumbren á hacer de tales vías el uso frecuente y para cortas distancias que hacen de ellas los europeos, á lo que contribuirá muchísimo la explotacion de los abundantes criaderos de hulla que existen en el país y de los cuales hoy sólo se benefician los si-

tuados al O. de Calcuta, porque esto permitirá hacer nuevas reducciones en los precios y facilitará, por consiguiente, la comunicacion entre los grandes centros de poblacion y las comarcas vecinas. En la actualida del país sólo suministra el 40 por 100 del combustible que necesitan las locomotoras; el resto procede de la Metrópoli, (el 35 por 100) y de la Australia el 27.

El personal de los caminos de hierro es indígena en su mayor parte. De 101.595 empleados de todas clases, que habia al empezar el año 1875, eran indígenas 96.013, y ya hay entre estos algunos maquinistas, cuyas funciones estaban antes reservadas exclusivamente para los europeos.

De los viajeros que circularon por las diferentes líneas del país, durante el año 1874, sólo 18 murieron y 70 resultaron heridos, á consecuencia de accidentes ocurridos en la explotacion, es decir, un siniestro por cada 1.371.192. Pero entre los empleados resultaron más desgracias, pues murieron 213 empleados y resultaron heridos 202. El número de accidentes de todas clases fué el de 767: 407, debidos al encuentro sobre la vía de ganados, que no ocasionaron desgracia alguna; 68 choques, de los cuales causó uno la muerte de cuatro empleados; 63 descarrilamientos; 92 incendios, y los restantes ocasionados por descuido de los guarda-agujas ó imperfecciones de las máquinas.

Si tenemos presente que la superficie del nuevo imperio de las Indias es de 3.765.292 kilómetros cuadrados, y que existen en el interior del país inmensas comarcas imperfectamente explotadas, consecuencia de la dificultad y alto precio de los trasportes, fácilmente se comprenderá que las líneas existentes, aun midiendo 10.032 kilómetros, no bastan á satisfacer las necesidades de los 238.830.958 habitantes que pueblan el imperio, y de los importantes ramos del comercio á que se presta la inmensa riqueza agrícola del país, pues resultan sólo 2'7 kilómetros de vía por cada 1.000 cuadrados de superficie; pero hoy prestan ya grandísimos servicios á los principales centros mercantiles del imperio á Calcutta, que por medio de las líneas del N. O. se provee de granos, de sal, de thé, de yute y de añil; á Bombay que recibe el algodón y los granos por las tres vías que parten de esta ciudad, y á Madrás que utiliza las vías de Bombay, Nagapatano y Tubicoria para los acopios de arroz,

sal, tabaco y principalmente de café; y si el gobierno inglés pudo en 1874 reducir á muy pequeñas proporciones los estragos causados por el hambre que experimentaron los habitantes de la presidencia de Bengala, se debe muy principalmente á los poderosos medios de trasporte que la ofrecieron los ferro-carriles existentes y que la permitieron colocar dentro de cortísimo plazo, en las comarcas más necesitadas, inmensas cantidades de víveres y subsistencias.

Por otra parte ya hemos dicho que en un porvenir muy próximo, la India inglesa dispondrá de 25.000 kilómetros de vía férrea, es decir de 6'6 por cada 1.000 kilómetros cuadrados de extension superficial, y llegado este dia, no sólo el comercio del país dispondrá de mayores facilidades, y la administracion de mayores elementos tanto para conjurar nuevas hambres como para vencer cualquiera rebelion, sino que serán varias las naciones de Europa, y muchas las de América que podrán envidiar á aquella colonia que al finalizar el siglo XVI creyeron los ingleses poder explotar por medio de una compañía cuyo capital no importaba más que 80.133 libras esterlinas, y que recientemente se ha considerado preciso erigir en imperio.

J. JIMENO AGIUS.

## LA INSTRUCCION DE SORDO-MUDOS \*

### VIII

PROCEDIMIENTOS PARA ENSEÑAR LA PRONUNCIACION Y LA LECTURA EN VOZ Á LOS SORDO-MUDOS.

Explicado ya el fin de la pronunciacion y de la lectura en la educacion del sordo-mudo, conviene determinar la ocasion más oportuna para dar principio á su enseñanza, las precauciones que préviamente han de tomarse, los procedimientos que ha de emplear el maestro para asegurar el mejor resultado y finalmente, los medios materiales que pueden facilitar su trabajo.

Es muy de considerar, dice Bonet, la edad más á propósito para que los mudos aprendan la pronunciacion, pues si por una parte sería conveniente no enseñársela hasta que tuviera mu-

\* Véanse los números 222, 223, 224 y 225.

cho uso de razón, es preciso evitar por otra la inactividad del organismo fonético, inactividad que en su caso podría oponer obstáculos insuperables.

Afirma el abate Hervás que no deben aprender el habla de un idioma si antes no han aprendido su escritura, porque en otro caso no sabrían la significación de las palabras que pronuncian, y considerando muy difícil que aprendan á escribir antes de tener seis años, deduce que no deben empezar el aprendizaje de la pronunciación hasta que estén para salir de la infancia ó hayan entrado en la niñez, ó lo que es lo mismo, hasta que tengan de seis á ocho años, que es la edad que también considera conveniente el secretario del Condestable.

Cree, sin embargo, que desde la de cuatro años pueden aprender el silabario alfabético, y encarece la conveniencia de enseñarles á pronunciar sílabas fáciles, á fin de que sus órganos vocales conserven la flexibilidad natural que tanto favorece los progresos de la pronunciación, y de evitar, por tanto, el endurecimiento muscular y nervioso que en otro caso llegaría á dificultarla.

Este es también nuestro criterio, é inspirados en él, no sólo hemos indicado, aún antes de conocer el del verdadero fundador de la Filología comparada, la necesidad de que los maestros como consejeros natos de las familias en todo cuanto á la educación se refiere, recomienden que no deje de hablarse á los sordo-mudos sabiendo que lo son y que se les ejercite en la producción de sonidos articulados ó inarticulados ó como decíamos en otra ocasión, en *vocear* desde su edad más tierna, para lo cual es entre otras cosas necesario que cuantos les rodean sepan hablarles por medio del abecedario manual, sino que oficialmente hemos favorecido la admisión de algunos en el Colegio nacional de Madrid, á pesar de que no habían llegado á la edad legal que, según el reglamento, es la de siete años cumplidos.

Antes de enseñar la pronunciación propiamente dicha, conviene asegurarse de que los sordo-mudos carecen de frenillo y de todo otro impedimento físico que pudiera esterilizar los esfuerzos que aquella exige; acostumbrarlos á que lleven en la boca un hueso de fruta ú otro objeto adecuado que favorezca la constante actividad de sus diferentes órganos; hacerles com-

prender teórica y prácticamente la diferencia entre respiración, aliento, soplo y voz respirando, alentando, soplando y pronunciando algunas sílabas, especialmente guturales, y obligarles á que pongan su mano delante de nuestra boca ó en nuestra garganta para que por el tacto distingan la casi imperceptibilidad de la respiración como acto natural é independiente de la voluntad, por la vista y por el tacto la vária configuración orgánica y la diversa fuerza del aire en la emisión del aliento, del soplo y de la voz que ya se hacen por un acto de nuestra voluntad, y finalmente para que conozcan que la garganta sólo tiembla ó se mueve al pronunciar, hecho lo cual conviene ejercitarlos con insistencia en la reproducción de esos fenómenos.

Voceando ó ejercitando la voz es como, en concepto del abate Hervás, deben aprender las vocales y las sílabas más marcadas, y enseñándoles á pronunciar con entonaciones distintas acercándose ó alejándose de ellos, como se acostumbrarán á dar á la suya la entonación conveniente según la distancia á que se hallen de la persona á quien se dirijan.

Hablando despacio y con gran esfuerzo, el timbre de la voz de los sordo-mudos es generalmente áspero, discordante y desagradable, defecto que poco á poco puede corregirse ó al menos modificarse sensiblemente, acostumbrándolos á que no se esfuerzen y á que pronuncien con rapidez tanto cuanto les sea posible.

Otro de los defectos en que suelen incurrir al pronunciar, consiste en prolongar desmesuradamente el sonido de las vocales intermedias hasta el extremo de desfigurar completamente la palabra de que forman parte, diciendo por ejemplo *Ma-a-ri-i-a* en vez de *Ma-ri-a*, defecto que se corrige apelando á la escritura y haciéndoselo observar.

Al pronunciar las sílabas simples modificativamente articuladas suelen agregar una vocal á continuación de la consonante diciendo *ale* en vez de *al*, *are* en vez de *ar*, defecto que en nuestro concepto se evitaria, no sólo tapando la boca del sordo-mudo tan luego como á continuación de la primera vocal hubiese dado á sus órganos la posición conveniente para articular la consonante, sino dando en muchos casos la preferencia á las sílabas de esta clase sobre las directas ó preventivamente articuladas y apli-

cándolas inmediatamente á la pronunciaci3n de palabras, tales como *al-a*, *es-o*, *un-o* en la forma en que las escribimos por más que no sea la que les corresponde, opinion que tiene su fundamento lógico. en la necesidad de pasar de lo conocido á lo desconocido.

Finalmente, puede acontecer que voceando pronuncien casualmente algunas sílabas y áun palabras, ó que en vez de pronunciar la letra ó sílaba que se pretende enseñarles pronuncien otra distinta. Los maestros en este caso deben aprovechar esas pronunciaci3nes casuales ó equivocadas, escribirlas, hacer que los sordo-mudos las conozcan y obligarles á repetir las pronunciadas hasta que lo hagan sin vacilar.

La enseñanza de la pronunciaci3n empieza por la escritura y representaci3n dactilológica de la letra ó sílaba que ha de pronunciarse, hecho lo cual se coloca el maestro frente á la luz á fin de que el discípulo observe bien la posici3n de los órganos vocales, pronuncia despacio, repite lo pronunciado, obliga al sordo-mudo á que toque con su mano los que principalmente entran en acci3n, y hace que ponga la otra delante de la boca para que, recibiendo en ella el aire espirado, conozca su direcci3n, fuerza é intensidad.

El sordo-mudo, si ya sabe vocear, repetirá cuanto ha visto hacer á su maestro las veces necesarias hasta producir el mismo sonido, poniendo al efecto una de las manos en los órganos vocales del maestro mismo y otra en los suyos propios hasta adquirir la seguridad de que éstos toman la misma posici3n y ejecutan iguales movimientos que los de aquel, así como la de que el aire sale de su pecho con la misma direcci3n, fuerza é intensidad.

Hemos indicado oportunamente que los efectos del sonido se hacen perceptibles á la vista por la observaci3n atenta y minuciosa de las posici3nes orgánicas. Esto nos explica la necesidad de que haya buena luz y la de que el maestro se ponga frente á ella para enseñar, así como la utilidad de que en los primeros pasos de la enseñanza procure marcar bien las actitudes, pero sin exagerarlas demasiado porque en este caso degenerarian en visajes ridículos que á toda costa conviene evitar.

También hemos dicho que los sonidos se hacen sensibles al tacto, única manera de apreciarlos para los sordo-mudo-ciegos, ó bien colocando

la mano delante de la boca para recibir en su palma ó en su dorso el aire espirado y conocer la direcci3n, fuerza é intensidad que se le imprime al emitirlo, ó bien llevándola á la garganta, á la barbilla ó á la nariz y áun al pecho, vientre y costados, segun la letra ó sílaba de cuya pronunciaci3n se trate, y ahora añadiremos que para proceder con acierto en la direcci3n de estos primeros é interesantes pasos de la enseñanza, es necesario inspirarse en la clasificaci3n orgánica de las letras y en las reglas particulares de posici3n y de acci3n oportunamente explicadas.

Aconseja Bonet, cree Hervás y así se practica por casi todos los maestros, que esas diversas actitudes y señaladamente las de la lengua, deben enseñarse al sordo-mudo introduciéndole los dedos en la boca y haciendo que él á su vez introduzca los suyos en la del maestro; pero Hernández reprueba estas maniobras por súcias y de problemáticos resultados. Nosotros opinamos que tratándose de sordo-mudo-ciegos, son inevitables, ni tampoco nos atrevemos á condenarlas en absoluto cuando se trate de sordo-mudos mayormente si éstos son de los que padecen sordera congénita completa, tienen sus órganos endurecidos por un mutismo prolongado ó carecen de la perspicacia visual necesaria para distinguir las á la simple vista áun supuesta la atenci3n más asidua y la mejor de las voluntades; pero si aconsejaremos que sólo se acuda á este medio cuando no haya otro más apropiado y que se escasee cuanto sea posible. Es, sin embargo, el único ó casi el único á que conviene apelar para corregir los defectos de pronunciaci3n en los balbucientes y en las personas que por efecto de una educaci3n viciosa ó descuidada no saben pronunciar algunas letras ó las pronuncian mal.

Aunque el recurso principal para obtener buenos resultados en la enseñanza de que nos ocupamos consista principalmente en la pronunciaci3n clara, distinta y constantemente repetida del maestro, y en que pronuncie despacio y con la boca abierta en cuanto sea posible para dar tiempo á que los discípulos puedan aperebirse de la actitud, calidad y movimientos de los órganos puestos en acci3n, no ha dejado sin embargo de buscarse el auxilio de objetos y aparatos que ayudáran á vencer las no escasas dificultades que necesariamente se presentan en los primeros pasos.

Esos medios auxiliares, impropriamente llamados procedimientos, son de tres clases, á saber, ordinarios, mneumónicos y mecánicos. Pertencen á la primera los silabarios, carteles y letras movibles; á la segunda los espejos y las estampas, y á la tercera las lenguas de cuero ó de goma, las cabezas articuladas, y las cabezas y máquinas parlantes.

Los silabarios, carteles y letras movibles, á que pudieran agregarse las cintas, los cuadros semicirculares y oblongos de resorte de que nos hablan los Sres. Avendaño y Carderera en su "Curso elemental de Pedagogia" y tantos aparatos como hoy pululan, son medios sobradamente conocidos por su aplicacion á la enseñanza de la lectura en las escuelas ordinarias, por lo cual nos consideramos dispensados de explicarlos. Son útiles para el análisis y á la síntesis de la palabra escrita y pueden por tanto favorecerlos primeros pasos de aquella en todo cuanto tiene relacion con las formas y con las combinaciones así liberales para formar la sílaba como silábicas para formar la palabra, pero ningun servicio prestan por lo que hace á la pronunciaci6n. Como aparato recomendable de letras movibles, merece citarse el silario compositor de Tolosa, premiado en Londres y en Paris, y declarado útil para la enseñanza en España.

Los espejos y las estampas se llaman medios mneumónicos porque su objeto es presentar á la vista del discípulo las posiciones orgánicas reflejadas en los primeros ó representadas en las segundas por medio del dibujo de varias cabezas, cada una de las cuales ofrece la imágen del semblante en la posicion orgánica correspondiente á la articulacion de una letra.

La idea de las estampas como medio auxiliar de la enseñanza de la pronunciaci6n, se inició por el abate Hervás en su "Escuela española," aconsejando que para cada letra ó sílaba hubiera una cabeza en que se viera claramente delineada la configuracion de los órganos vocales y la postura de la lengua al pronunciarla, porque aunque ésta, segun dice, no se mueve, concurre mucho con su postura á que la pronunciaci6n sea exacta y clara. El doctor Hernandez, en su "Plan de enseñar á los sordo-mudos el idioma español" fijó en veinticinco el número de estampas necesarias, indicando además que la posicion de aquellas letras cuya naturaleza lo exigiera, estuviera representada en cabezas dibujadas de

perfil dejando al descubierto un pedazo de mejilla, á fin de que el alumno pudiera penetrarse visualmente de la actitud de la lengua y de los dientes en cada caso, pero ni Hervás ni Hernandez pasaron del dicho al hecho. Sus respectivas ideas han sido, sin embargo, posteriormente aprovechadas por D. Antonio Hernandez y Martin y por el Colegio nacional de Sordo-mudos y de Ciegos en los años de 1868 y de 1870, hallándose bajo la direccion de nuestros respetables antecesores los Sres. D. Juan Manuel Ballesteros y D. Carlos Nebreda.

Don Antonio Hernandez y Martin, profesor de sordo-mudos del colegio de Búrgos, presentó en la Exposicion Aragonesa de 1868 una serie de láminas dibujadas á mano, representando en cortes de la cara las diferentes posiciones del organismo; pero no ha dado á luz un trabajo que revela su laboriosidad y su competencia en la especial y difícil enseñanza de los sordos-mudos. Realizó, pues, la idea de su homónimo el doctor Hernandez y es sensible que acaso la falta de recursos y de proteccion no le permitieran publicar esas láminas.

El Colegio nacional de Madrid remitió á la misma Exposicion una coleccion de fotografias sacadas al natural, representando las mismas posiciones. Están tomadas de frente, sirviendo de modelo el profesor encargado de los primeros pasos, y por tanto de la parte más difícil de la enseñanza de la articulacion. El Sr. Ballesteros, que ordenó la formacion de esas fotografias, no hizo, pues, otra cosa que llevar á la práctica el consejo del abate Hervás.

Diferénciase la coleccion de estampas debidas á la iniciativa del Sr. Nebreda, en haberse hecho acudiendo á la litografía y no á la fotografía, en indicar por medio de líneas de puntos la direccion del aire sonoro á su salida por la boca ó por la nariz, y en que cada estampa lleva al pié no sólo la representacion gráfica con que tambien se enriquecieron las anteriores, sino la dactilológica de la letra ó letras cuya articulacion se pretende dar á conocer por su medio.

Más tarde ideó é hizo construir el Sr. Nebreda un aparato parecido á los cuadros de resorte, en el cual por medio de cilindros verticales que un sencillo mecanismo pone en movimiento, se desarrollan, arrollan y pasan sucesivamente á la vista del observador esas diferentes

estampas cuyas posiciones ha de imitar el sordo-mudo, comprobando la exactitud de la imitacion en un espejo colocado oblicuamente y de fuera á dentro en la parte superior del aparato, el cual descansa sobre un pequeño pupitre provisto de una pizarra destinada á escribir las letras correspondientes á las actitudes que se vayan imitando. Reúnanse, pues, en el aparato de Nebreda las estampas para observar é imitar, los espejos para comprobar, la dactilología para recordar, y la escritura para hacer permanente la letra.

En nuestra opinion, lo decimos con sinceridad y franqueza, ni los córtes dibujados de la cara, ni las fotografías naturales, ni las estampas litografiadas, aunque representen aproximada y sólo aproximadamente las posiciones de los diferentes órganos del aparato productor de la palabra, escusan trabajo al maestro como acaso lo escusarian si, á la vez que las posiciones, pudieran representar las acciones ó movimientos del organismo en el acto de la articulacion, y lo que es aún más difícil los medios para enseñar al sordo-mudo á que desde la simple respiracion pase gradualmente á la produccion sucesiva del aliento, del soplo y de la voz. Creemos por tanto que en el celo, pericia, trabajo y paciencia de los maestros es donde han de buscarse los recursos necesarios para vencer las dificultades que la enseñanza de la pronunciaci6n lleva consigo y no en las estampas, cuya aplicacion, si alguna ventaja pudiera proporcionar, se hallaria contrariada con no escasos inconvenientes; mas no por eso hemos de negar nuestros sinceros plácemes á los iniciadores y ejecutores del pensamiento por sus laudables esfuerzos encaminados á facilitar la de los medios de comunicacion que nosotros consideramos como el resultado más brillante, más útil y más necesario en la educacion del sordo-mudo, puesto que si ni entendi ni puede hacerse entender de sus semejantes, por muchos, variados y extensos que fuesen los conocimientos de que su inteligencia estuviera adornada, siempre se vería condenado al más amargo de los aislamientos, en medio de los que no le entiendan y á quienes no pudiera entender, que serian la mayor parte.

El uso de la lengua de cuero ó de goma, colocada entre las manos del maestro para darle una posicion semejante á la que toma la lengua natural en el acto de articular una letra determinada, viene aconsejado por Bonet y por Hervás;

pero no mereció la aprobacion del Dr. Hernandez como recurso insuficiente, porque, como dice con razon sobrada, la lengua nunca funciona por sí sola en la pronunciaci6n y por tanto, el auxilio de una lengua artificial sería siempre incompleto y aún tal vez perjudicial. A este medio mecánico deben agregarse las cabezas artificialmente articuladas con lengua de cuero ó de goma que, en concepto del abate Hervás, debian procurarse los colegios para imitar las posiciones orgánico-naturales. En nuestro concepto estas cabezas sólo serian útiles si estuvieran convenientemente dispuestas para que por su medio pudieran observarse las posiciones internas ó que se hacen á boca cerrada ó casi cerrada.

Las cabezas parlantes parecidas á la que inventó el jesuita Kircher, de la cual existian ejemplares en el Museo del Colegio Romano cuando el abate Hervás residia en él, diciéndose que una de ellas pronunció las palabras *Ave Cristina, Suecice, reginæ*, en presencia de esta Soberana del Norte de Europa, y finalmente, las máquinas tambien parlantes destinadas á la produccion artificial de sonidos semejantes á los de la voz humana como la del alemán Kempelen ó el tecnefon del español D. Severino Perez, completan la série de medios mecánicos auxiliares con los cuales se ha pretendido facilitar la enseñanza de la pronunciaci6n artificial.

Es, en nuestra humilde opinion, completamente indudable que ni las cabezas articuladas, ni las parlantes Kircherianas, ni las máquinas Kempelenianas ó Severinianas, ni ninguna otra de las muchas de que continuamente nos habla la prensa periódica, por admirables que parezcan y por más que puedan sorprendernos imitando los sonidos de la voz humana con toda perfeccion y hasta el punto de confundirse con ella, reunen, sin embargo las condiciones apetecibles para prestar servicios reales y positivos en la enseñanza de la pronunciaci6n á los sordo-mudos. Servirian de mucho y abreviarian considerablemente el trabajo del maestro y del discípulo si además de asemejarse en su estructura material al organismo productor del sonido y de la palabra, pusieran de manifiesto de una manera clara, precisa y enteramente perceptible á la vista de quien artificialmente ha de aprenderla, así las actitudes como los movimientos orgánicos correspondientes á cada articulacion, cuestion difícil, porque si exceptuamos la de las vo-

cales y la de las consonantes cuya articulacion depende esencialmente de labios y dientes, las demás se resisten á la observacion visual por verificarse en el interior de la boca y ofrecen una dificultad tanto mayor, cuanto más distantes de los lábios han de articularse, por cuya razon es preciso acudir al tacto para apreciarlas y distinguirlas.

Y ahora daremos por terminadas nuestras observaciones sobre la enseñanza de la pronuncion artificial y la lectura en voz, recomendando á los maestros, á los padres y á cuantos rodeen al sordo-mudo, que le nieguen cuanto deje de pedir por medio de la palabra si al efecto está suficientemente instruido; que hagan como que no entienden cuando manifieste sus deseos acudiendo al lenguaje mimico, y finalmente, que le obliguen á pronunciar con repeticion y siempre que sea necesario, las frases más usuales de cortesía y de relacion en el trato social, con lo cual le dispensarán un beneficio inmenso y tanto más importante cuanto mayor es su resistencia á emplear el lenguaje oral por el trabajo que le cuesta y por la mayor facilidad que halla en manejar el de accion.

## IX

### LECTURA LABIAL.—POSIBILIDAD Y UTILIDAD DE SU ENSEÑANZA.

Hemos dicho en otro lugar que la pronuncion ha de enseñarse al sordo mudo para que *hable* y para que *lea*, esto es, para que *hablando* pueda manifestar sus ideas propias, y para que *leyendo* traduzca al lenguaje oral las que otro le comunique por medio de la escritura, resultado en alto grado ventajoso para él, pues por ese medio adquiere la aptitud de que carecia para comunicarnos sus impresiones, sus necesidades y sus pensamientos, y no ménos ventajoso para nosotros mismos porque con igual facilidad podemos entender lo que nos diga.

La enseñanza de la articulacion, sin embargo, no por eso será completa. Necesita algo más, muchísimo más. No basta que nosotros podamos entender al sordo-mudo. Es necesario que él á su vez nos entienda y comprenda el lenguaje oral, único medio universal de comunicacion y de inteligencia entre los hombres.

El sordo-mudo que hable y que lea, podrá, es verdad, darnos cuenta de sus ideas; pero inca-

pacitado por defecto de audicion para apercebirse de las nuestras mediante la aplicacion de ese sentido, jamás lograremos que nos entienda sin acudir á la escritura ó al lenguaje de accion. La primera es pesada, lenta, desconocida de muchos y ni aún se puede emplear en todo tiempo y lugar, y como el lenguaje de signos además de ser desconocido de la mayor parte, se resiste á los que no tienen precision de servirse de él, se infiere claramente la imperiosa necesidad de acudir á otro medio más sencillo y fácil que, al poner á aquel desgraciado en disposicion de entendernos, le acerque más y más á la condicion de las personas de sentidos expeditos.

Al buscar ese medio, debemos tener en cuenta que la falta de un sentido puede suplirse en cierto modo con la mayor finura y perspicacia que adquieren los demás como consecuencia necesaria del mayor ejercicio á que forzosamente han de consagrarse, y decimos que sólo en cierto modo pueden suplirselos unos á los otros, porque no cabe una completa compensacion, pues ni el sordo-mudo llegará nunca á formarse idea completa del sonido dulce y armonioso de la voz cualquiera que sea la intensidad de su potencia visual, ni el ciego, por esquisito que sea el desarrollo de su tacto, será tampoco capaz de comprender lo que son los colores, cuyos finisimos y variados matices tan sólo por la vista pueden ser debidamente apreciados.

Ahora bien: considerando *que* la vista es el oido del sordo y del sordo-mudo; *que* las palabras pertenecen al idioma de la vista en cuanto se producen mediante el movimiento visible de los órganos de la fonacion; *que* no podemos pronunciar una palabra sin mover visiblemente esos mismos órganos, y *que* cada palabra se pronuncia con órganos diferentes ó con diversos movimientos de unos mismos órganos, se infiere que la vista y apreciacion de esos diversos movimientos puede servirles de guía para conocer y distinguir unas de otras las diferentes palabras pronunciadas en su presencia.

Este resultado puede alcanzarse por medio de la articulacion muda ó lectura labial que podemos definir: "El arte de enseñar al sordo y al sordo-mudo á que, apreciando por medio de la vista la diversidad de actitudes y de acciones ejecutadas por los diferentes órganos del aparato vocal en el acto de la pronuncion, lleguen á distinguir, mediante la atenta observacion de

esas actitudes y acciones, las letras, sílabas y palabras que habla el que pronuncia, aunque no puedan percibir las por el sentido del oído.

No sabemos de maestro alguno que haya puesto ni aun en duda siquiera la capacidad de los sordos y de los sordos-mudos para entender por los movimientos de los labios lo que otro les diga; pero no podemos asegurar otro tanto relativamente á la posibilidad, conveniencia y utilidad de la enseñanza de esta parte de la articulación.

Juan Pablo Bonet habia dicho en el prólogo de su arte que examinando y tentando la naturaleza por todas las partes que parece se reparte en los demás sentidos y potencias lo que quita á alguno; buscando siempre la perfección del compuesto que es dechado de su saber y potencia, y procurando con particular atención hacer mina por donde entrar á dar razones á la razón, salvando el muro que ni se puede abrir ni asaltar, habia hallado al fin vía secreta por donde entrar y camino llano por donde salir, y sin embargo, su paso, hasta entonces firme, majestuoso y seguro, se torna vacilante al pisar los umbrales de la lectura labial, considera la empresa como superior á sus fuerzas y afirma que ni puede sujetarse á las reglas del arte, ni enseñarse á los mudos, ni daría resultado completo aunque pudiera enseñarse, ni tampoco es necesario enseñársela.

Para que la lectura labial pudiera sujetarse á las reglas del arte y enseñarse á los mudos, sería preciso en concepto de Bonet, que los maestros entendieran por el movimiento de los labios lo que otros hablasen, porque de otro modo tampoco podrían dar reglas para que lo entiendan los mudos, sin lo cual no cabe la enseñanza que en reglas ha de fundarse. Cree también que aun pudiéndose enseñar, no se obtendrían los resultados apetecibles y apetecidos, porque para que los mudos lean en los labios del que habla es preciso que vean la formación de todas las letras una á una y por tanto, que todos cuantos les hablen lo hagan boqui-abiertos, lo cual engendraría en el que enseña y en el que aprende la incómoda y fea costumbre de hacer gestos y visages, y, finalmente, para considerar innecesaria la enseñanza, aun limitándola exclusivamente á los movimientos labiales, únicos que en su concepto pueden ser bien observados, se funda en que los mudos, lo mismo los intruidos que los

que carecen de instrucción, obligados por la necesidad y ayudados por la naturaleza, que procuran compensar el defecto de un sentido concediendo mayor perspicacia á los demás, y por el conocimiento que tengan de quien les habla, del tiempo y ocasión en que lo hace y de la materia de que les puede hablar, llegan á entender por sí mismos lo que les dicen, aunque no vean todos los movimientos orgánicos de sus interlocutores, pero nunca con tanta seguridad que puedan seguir el curso de una conversación larga fuera de las pláticas comunes y ordinarias.

Inconcebible parece que semejantes afirmaciones hayan podido hacerse por el maestro de D. Luis Velasco, aquel noble de quien dijo el inglés Digby que habia aprendido á oír las palabras por los ojos; que hablaba con tanta claridad como podía hacerlo un hombre dotado de todos sus sentidos; que comprendía perfectamente cuanto le decían los demás; que no perdía una palabra en las conversaciones más largas; que repetía todas las palabras que se pronunciaban delante de él; cualquiera que fuese su dificultad y el idioma á que pertenecieran, aunque se tratara de los que tienen la pronunciación esencialmente gutural y que las repetía aun pronunciadas por una persona separada de él por toda la extensión de una sala; añadiendo que en la oscuridad ó cuando se volvía la cara nada comprendía; prueba irrecusable de que sólo á su esmerada instrucción en la lectura labial se debían tan admirables resultados.

Veamos ahora si las conclusiones de Bonet son tan fundadas que no puedan rebatirse, aunque suficientemente destruidas quedaron mediante los resultados obtenidos por el mismo que las hiciera, por más que aun después de excitar con ellos la admiración del infortunado Carlos I de Inglaterra, quisiera atribuirlos, no á sus esfuerzos en la educación del hermano menor del condestable de Castilla, sino á las reglas que el mismo educando se trazara sin más guía que la constante observación.

La lectura labial exige en primer término el conocimiento de las posiciones y acciones del organismo en el acto de pronunciar; en segundo, el de la letra física correspondiente á cada especie de actitud y de movimiento sin lo cual sería imposible que el sordo-mudo la entendiera, pronunciara y escribiera; en tercero, el de la manera de enlazar entre sí las diversas letras fi-

sicas que ha de entender, pronunciar y escribir para formar con ellas las sílabas, las palabras y las frases lo mismo en el lenguaje oral que en el escrito, y en cuarto, el de la significación de las palabras y de las frases. Ahora bien: las tres primeras circunstancias ha de enseñarlas el maestro accionando, pronunciando y enlazando para que prácticamente accione, pronuncie y enlace el sordo-mudo; luego la lectura labial que no puede adquirirse sin esos conocimientos previos, está sujeta á las reglas del arte y puede enseñarse á los mudos, contra lo afirmado por Bonet.

Ni se opone á ello la razon alegada por éste segun la cual, para enseñarla es preciso que el maestro entienda por el movimiento de los labios lo que otros hablen, porque, como asegura el Dr. Hernandez, aunque todos podemos, sin oír, ver las posturas de los dientes, de los labios y de la lengua de quien nos habla á la luz y entender lo que nos dice, la falta de precision nos hace descuidar el cultivo de una facultad reducida á leer en un libro animado los vocablos que pronuncia. Existe, pues, dificultad, pero no carencia de facultad para entender la palabra por la simple observacion de los movimientos del organismo que le produce, dificultad que procede de la falta de ejercicio por otra parte innecesario para quien, percibiéndola por el oído, habia de hallar pesadísima la aplicacion de la vista á la percepcion que puede hacer aplicando un medio más cómodo, más general y más espedito.

Opinamos que tampoco estuvo completamente acertado al decir que no es necesario enseñar al sordo-mudo lo que por sí mismo puede aprender, y que ni con direccion ni sin ella, es posible que alcance resultados enteramente satisfactorios en el arte de entender la palabra por la observacion visual de los movimientos del organismo del que la pronuncia.

Verdad es que algunos sordo-mudos, sin embargo de carecer de instruccion, pero acostumbrados al trato de personas ó teniendo antecedentes de algun pasaje, deducen en determinados momentos lo que se habla ó lo que se les quiere mandar; pero más que entender lo que se les dice por los movimientos del organismo, creemos que lo que hacen es manifestar el fondo de profunda observacion con ribetes de malicia peculiar á todos los sordo-mudos y aún más

desarrollado en los simplemente sordos que de todo el mundo sospechan, creyendo ser el objeto de las conversaciones de todos, y que obligan á cuantos se hallan en su compañía á volverles la espalda cuando quieren hablar de algun asunto de que no convenga que el sordo se entere ó aperciba.

Tampoco negaremos que como el espíritu de los sordo-mudos parece estar siempre asomado al sentido de la vista, segun la feliz expresion del abate Hervás, observan atenta y delicadísima todo cuanto ven, pues á ello les obliga la carencia de oído, y que esa fuerza de observacion es acaso el recurso más eficaz y poderoso de que disponen para llegar al conocimiento de la palabra que el organismo articula con sus variadas actitudes y con sus múltiples movimientos. ¿Pero no observarán más y entenderán mejor si poseen determinados conocimientos y si además son convenientemente ejercitados y dirigidos por sus maestros? ¿Acaso el hermano del Condestable habria alcanzado los admirables resultados de que ántes hicimos mencion si no hubiese sido aleccionado por Bonet? ¿Y cómo habremos de extrañar que atribuyendo nuestro aragonés esos resultados al trabajo individual y á las sobresalientes disposiciones de su ilustre discípulo, pretendiera el inglés Bulwer adjudicarse el mérito de la invencion del arte de enseñar la lectura labial en la obra que bajo el título de *Philocopus ó el amigo de los sordos-mudos*, dedicó más tarde á los hermanos Eduardo y Guillermo Gostwick de Wellington? ¿No cabe al ménos la sospecha de que si por no haberlos alcanzado todavía hablaban de buena fe en su «Reduccion de las letras y arte de enseñar á hablar á los mudos,» quisiera sostener más tarde su anterior afirmacion por espíritu delisonja hácia la poderosa y noble familia del Condestable, y no por el de modestia de que no dió sobradas pruebas, atribuyéndose el descubrimiento é invencion de un arte que con anterioridad á su nacimiento habia inventado, conocido y aplicado el inmortal benedictino de Oña á la instruccion de sordo-mudos perteneciente á la misma poderosa y noble familia castellana?

Es, pues, para nosotros completamente incontrovertible que la lectura labial, objeto de nuestras consideraciones en este artículo, no sólo está sujeta á las reglas del arte y que éstas

han de regular su enseñanza, sino que puede y debe enseñarse y es necesario enseñarla á los sordo-mudos con sujecion á esas mismas reglas, pues sólo así podrá convertirse para ellos, como les conviene y nos conviene, en un instrumento general de comunicacion y de inteligencia que les permita alternar decorosamente con los demás hombres en las diferentes esferas de la vida social:

PEDRO CABELLO Y MADURGA.

## CRÉDITO.

El crédito facilita una multitud de cambios que no se harían ó se harían con gran dificultad sin él; activa, por consiguiente, la circulacion de la riqueza; pero si bien es beneficioso cuando se usa de él con prudencia, es, de igual modo, en extremo peligroso cuando lo preside la temeridad.

Se forman una idea falsísima del crédito los que le creen esencialmente dependiente de los establecimientos que llevan su nombre; existió antes que estos y existe aún sin ellos. Tales establecimientos facilitan las operaciones; y en esto hacen servicios muy señalados á la sociedad; pero pueden estar mal dirigidos y organizados, como cuando poseen el arma del monopolio, y entonces son, como todo monopolio, una gran calamidad.

Habiendo progresado la industria en tiempos que prevalecían las ideas proteccionistas, se ha querido atribuir su desarrollo en los pueblos modernos á la proteccion; tanto valdría atribuir á la Santa Inquisicion el desarrollo del espíritu humano. De un modo semejante se dice: el crédito ha hecho grandes progresos desde que se han fundado los Bancos del Estado; á estos, pues, son debidos esos progresos. Casi siempre el espíritu de sistema viene confundiendo la causa con la simultaneidad. El argumento *post hoc, ergo propter hoc*, nunca fué legítimo en lógica y menos en cuestiones como esta, en la cual tantas causas pueden influir. Si esos Bancos han hecho servicios, no han sido debidos al monopolio que vienen ejerciendo; ese monopolio, por el contrario, ha causado incomparables perjuicios á la sociedad; cuando ménos, y esto es ya muy grave; ha privado á muchos de un trabajo particular, que es de derecho comun, como cualquiera otro; y, por consiguiente, ha privado á todos de las ventajas que habrían podido obtenerse para la comunidad.

El crédito se compone de dos operaciones fun-

damentales, esencialmente diversas. La primera, es un cambio incompleto de dos cosas, de las cuales una, por lo ménos, no se ha de entregar, sino en tiempo más ó ménos lejano; el que no entrega la suya de pronto recibe crédito del otro. En semejante caso, paga generalmente un interés, que vá confundido con el precio de la cosa que ha recibido, y continúa su crédito por todo el tiempo del plazo en que haya de entregar la suya. Cuando ninguna de las dos cosas ha sido entregada, al verificarse el cambio, hay doble crédito; y por consiguiente, ninguno de los dos cambiantes debe intereses.

La segunda operacion de crédito no es, estrictamente hablando, un cambio, ó, á lo sumo, es un cambio de especie particular: consiste en el préstamo que un capitalista hace de su capital á una persona que se compromete á restituirlo íntegro en plazo determinado. Verdad es que en este caso se cambia un servicio por un interés; pero no se ha cambiado el capital de que se trata, puesto que se habrá de restituir. Verificándose comunmente en moneda el préstamo á interés, y la restitucion, comunmente tambien, en moneda, si se pretende que tiene lugar un cambio de capitales, será preciso convenir en que se cambian dos cosas idénticas, lo cual no tiene razon de ser en economía: en esta segunda operacion aparece el interés en su forma ordinaria y ostensible, y se proporciona el valor del capital y á la duracion del crédito.

Con motivo de cualquiera de esas dos operaciones, el deudor suscribe de ordinario una obligacion que se llama, segun el caso, una accion, una letra de cambio, etc. Ese título es transmisible de diferentes maneras, y pagable á término ó á la vista; puede tambien no ser reembolsable, como sucede con los títulos de la renta del Estado. Sucede tambien que el deudor no suscribe ningun título directamente; pero entonces su acreedor libra á su cargo una letra de cambio, un mandato, etcétera, cuyo documento, de igual modo que el precedente, es transmisible y pagable á término ó á la vista, pero siempre reembolsable. Una vez en circulacion esos documentos, no se sabe comunmente á qué genero de operacion pertenecen.

Por haber confundido esas operaciones fundamentales, se ha creído en la posibilidad de hacer desaparecer completamente las ocasiones de pagar el interés del capital. Cuando se reflexiona en la naturaleza de la primera, se vé, en efecto, que generalmente ambos contratantes se abren crédito el uno al otro; y de ahí que la idea de compensacion mútua se presente naturalmente al espíritu. No parece, pues, imposible evitar las ocasiones de interés en los cambios á plazos dados. Se evitan

en los Bancos, en ventaja de los que tienen en ellos créditos abiertos por medio de trasferencias; se evitan aun fuera de los Bancos, por medio de letras de cambio, que son verdaderas trasferencias; se evitan, en fin, en gran escala en las Bolsas, donde todas las operaciones son, en general, trasferencias y cambios á la vez. Un establecimiento que realizara esas trasferencias entre todos los que se abren crédito recíprocamente, haria un inmenso beneficio á la sociedad, aligeraria en gran manera el peso de las liquidaciones en tiempos de crisis; pero claro es, que no pueden tener lugar en la operacion de préstamo, porque el que presta no recibe préstamo, si no es banquero, ni presta tampoco el que recibe préstamo, á no ser banquero; por consiguiente, no es posible hacer desaparecer todas las ocasiones de pagar intereses.

El crédito se completa por medio de la trasferencia de la deuda en favor de uno, á la orden de otro. A no ser por esta operacion, el prestamista jamás reembolsaria su capital, no obligándole á que lo verificase su deudor, lo cual, en muchos casos, no dejaria de ofrecer inconvenientes. Gracias á las trasferencias y á los mercados públicos llamados *Bolsas*, donde se verifican en escala colosal, se combina el tomar prestado á largo plazo, y el prestar á corto; y gracias á su vez á esta combinacion, se pueden comprometer ó empeñar sucesivamente muchos capitales en un mismo negocio sin que se introduzca por eso la perturbacion; de suerte que un mismo deudor puede tener en poco tiempo, sin saberlo, ni inquietarse, un gran número de acreedores subcesivos por un mismo crédito.

Una letra de cambio, por ejemplo, pasa por medio del endoso, por 30 ó 40 manos en pocas semanas. Un billete de Banco circula con infinita mayor facilidad, porque se le trasfiere, como la moneda, sin necesidad de ninguna formalidad. Las acciones y obligaciones de los caminos de hierro, se hallan en condiciones análogas: pero sus trasferencias, no se hacen con tanta facilidad como los billetes de Banco y las letras de cambio. Podemos creer tambien que eso mismo podria hacerse con las escrituras de empeño de la propiedad territorial, garantizando un préstamo, si la propiedad territorial no estuviera colocada bajo un régimen desgraciado, que hace difícil y costosa su trasmision, lo cual, económicamente hablando, es, no solo injusto, sino absurdo.

La fácil y rápida circulacion de los capitales, que permite á cada instante comprometerlos, ó librarlos de todo compromiso á voluntad de los capitalistas, y sin inconveniente para el deudor, ejerce una influencia muy notable sobre el precio de su locacion, nivelándolo en lo posible para

todos. Este resultado seria aún más perfecto, si el crédito fuera libre.

Comprendido así el crédito, y no debiera comprenderse de otro modo, queda desprendido de esa atmósfera prismática, en la que le envuelve generalmente la imaginacion, no es otra cosa que una de las condiciones de la circulacion de la riqueza, así que no se le debe confundir, como se hace con frecuencia, con la riqueza, cuya circulacion activa ni con ninguna de las satisfacciones á que responde la riqueza. El crédito representa incontestablemente riqueza, en los instrumentos que emplea, y en los conocimientos especiales que supone en los que le aplican su inteligencia y actividad; además dá ocasion á una produccion más activa y fecunda: pero en sí mismo no constituye riqueza, como no la constituye el tiempo ni el espacio, que son más necesarios que el crédito para la produccion, ¿qué cosa hay más necesaria que el tiempo para la produccion? Ninguna; sin embargo, á ménos de hablar en sentido figurado como los ingleses, ¿quién podrá decir que el tiempo es riqueza?

Se dice, y con razon, que el que tiene crédito es más rico que el que no lo tiene. ¿En qué consiste eso? En que, independientemente de las garantías reales, su persona es tenida por más capaz y proba. La riqueza que le viene del crédito, le viene de la riqueza real que posee, y además de su capacidad y probidad, cualidades que, segun hemos espresado ya, constituyen riqueza. Quizá habrá algun moralista que no sea de nuestra opinion; sin embargo, cuando vemos que la probidad probada y reconocida dá lugar á cambios del mismo género que aquellos á que dan ocasion la ciencia y el arte; cuando vemos que se la retribuye algunas veces con generosidad, lo cual convendremos en que no es muy lisonjera para la humanidad en general, no podemos dejar de ver en ella riqueza. A la misma consecuencia se llega cuando consideramos que la probidad es el resultado del ejercicio de nuestras facultades morales, de una especie de trabajo, por consiguiente, que en verdad no siempre es agradable ni llevada á cabo sin pena.

El crédito, lo repetiremos, facilita la circulacion y la distribucion de la riqueza, conforme á las necesidades del consumo y á las exigencias de la produccion; no puede tener lugar sino con ocasion del cambio ó del préstamo á interés, que es una especie de cambio; pero no se le debe pedir más de lo que reclaman esa necesidad y esas exigencias; sobre todo, hay que tener en cuenta que, merced á la facilidad de multiplicar los cambios que se proporciona, se pueden multiplicar hasta el abuso, y entencés se marcha inevitablemente á las crisis. Pero, ¿quién puede dar la medida de las operaciones del crédito? ¿Quién puede decir cuál sea el

número de cambios que deban llevarse á cabo por una sociedad en aumento dado, sin causar perturbacion en su economía? Nadie seguramente. El crédito debe, pues, ser libre como todas las demás funciones de la economía social. A esta misma conclusion conduce un exámen atento de la naturaleza de los bancos.

## II

¿Cuáles son las funciones de los bancos, ó mejor, cuáles deben ser? Dada la necesidad, deben tener por objeto su satisfaccion, remunerándoseles correspondientemente los servicios que presten; en no difieren de las demás industrias. Si un zapatero pretendiera calzar á sus parroquianos de otro modo del que estos quieren, perdería su parroquia: eso mismo sucedería al banquero que, sin la intervencion del Estado, pretendiera juzgar la naturaleza y la extension de la necesidad que se tiene de sus servicios, reglamentando el modo de satisfacerlos. El Estado podría imponernos, es verdad, una manera cualquiera de calzarnos; muchas veces lo ha hecho por medio de leyes suntuarias, y cierto que no es la fuerza lo que le falta, si le viniera el antojo de hacer; pero la fuerza no hace el derecho, y aun cuando el crédito reglamentado fuera mejor que el libre, el Estado no tendría por ello el derecho de reglamentarlo.

Si los Bancos no deben tener otro objeto que el de satisfacer una necesidad dada, su manera de proceder debe subordinarse necesariamente á la naturaleza de esa necesidad, y á las exigencias particulares de sus funciones; y ni átin en esto difiere de las demás industrias. ¿Cuál es, pues, esa necesidad, cuáles esas exigencias?

Las dos operaciones fundamentales del crédito, son, segun hemos dicho, el cambio á plazos y el préstamo, las cuales dan ocasion á innumerables operaciones de trasfencia bajo todas sus formas, y claro es que todas ellas suponen en los que las practican necesidades de una manera especial, y tras estas, el deseo de satisfacerlas en las mejores condiciones posibles. Pero no sienpre llegan á satisfacerse con facilidad, entre otras razones, porque sucede con gran frecuencia que no se conocen respectivamente los deudores y los acreedores, ó los que los sustituyen; en semejante caso es útil, y en muchas ocasiones necesario, un funcionario económico; se divide, pues, el trabajo.

¿Cuál es la mision de ese funcionario? La de un mero comisionista; en efecto, su industria es enteramente análoga á la de un agente de colocacion ó de arrendamiento. Los prestamistas y los deudores, ó los que los sustituyen, cuando no se conocen se dirijen á ese funcionario; de suerte que la

oficina de éste se convierte en una especie de mercado de ofertas y demandas de crédito. Si se limita á poner en relacion á los contratantes, como los agentes de colocacion ó arrendamiento, ese funcionario no es otra cosa que un corredor ó agente de cambio; pero si trata por su cuenta con aquellos, haciendo de prestamista con unos y de deudor con otros, es un verdadero banquero.

Tal es la necesidad á que deben responder los bancos; y claro es que no son ellos los que crean esa necesidad, como lo es igualmente que, al satisfacerla, hacen lo mismo que las demás industrias, cuando satisfacen las necesidades que están llamadas á satisfacer, necesidades que tampoco han sido creadas por ellas. Cuando los Bancos afectan la pretension exorbitante y calamitosa de estender ó restringir la necesidad que deben satisfacer, proceden exactamente como lo harian los agricultores de un país cualquiera, que se coaligaran para estender ó restringir la necesidad de alimentos; semejante pretension jamás sería censurada con excesiva severidad.

En cuanto á las exigencias particulares de la organizacion, las de los Bancos son tambien de la misma naturaleza que las de todas las industrias: se refieren á su propia seguridad, y al interés de sus asociados; pero ni aquella, ni éste deben prevalecer sobre la seguridad y el interés de todo el mundo, sin una nauseabunda iniquidad.

¿De dónde ha podido surgir la idea de que los Bancos tienen más necesidad de reglamentacion que las otras industrias? De su importancia en la economía social, sin duda: pero precisamente esa importancia es la que más reclama en favor de la libertad, como lo ha demostrado victoriosamente, la del comercio de granos y la de la carne, industrias más importantes aun, puesto que de ellas depende nuestra subsistencia. Cuanto más peligrosos sean los errores de una industria, tanto ménos deben concentrarse las fuerzas capaces de cometerlos.

Al tratar de los arreglos sociales, hemos demostrado: que cada uno en su círculo de accion arreglaba su economía particular, de lo cual resultaba el orden general mejor posible, bien que nadie le tuviera en mira especialmente; y eso por que en la esfera particular, por necesidad circumscripita, cada uno posee suficiente inteligencia y actividad para arreglar convenientemente su economía; y, como la general, no es otra cosa, que el conjunto de todas las economías particulares, no puede haber desorden en aquella, cuando impere el orden en estas: pero si, á favor del monopolio, se amplia desmesuradamente la esfera de accion de una economía particular, falta de ordinario y naturalmente, la necesaria inteligencia y activi-

dad, y se introduce el desorden. Las operaciones entonces, se convierten en aleatorias y opresivas: aleatorias, porque sus proporciones no pueden, ó no permiten, que se las juzgue á sabiendas, con verdadero conocimiento de ellas; opresivas, porque ponen en juego fuerzas tan considerables, que imponen á la economía general, y la desconciertan no pocas veces. La mejor prueba de todo esto, la hallamos, por lo que concierne á los bancos privilegiados, en ese insoluble problema, de la relacion en que deba hallarse la emision con la caja.

Ese problema y otros semejantes, que se presentan en tales Bancos, nos recuerda aquella especie de apólogo que atribuye á Sertorius Plutarco: preguntaba Sertorius á sus oficiales de qué medio se valdrian para arrancar la cola á un caballo que tenian presente... en semejantes circunstancias, Sertorios no hizo sino dividir el trabajo. De igual modo, la libertad de los Bancos resolveria, sin duda alguna, la cuestion de la caja y de las emisiones, envuelta por el monopolio en impenetrable oscuridad, puesto que esa cuestion no difiere, sino bajo el punto de vista de la cantidad, de la que resuelven todos los días, todos los negociantes, respecto á sus créditos activos y pasivos, respecto á sus cobros y pagos.

Y no se crea que las dificultades inherentes á esas cuestiones promovidas en el comercio de los Bancos son peculiares y exclusivas á ese comercio. En todas las industrias se presentan semejantes, cuando están reglamentadas. La reglamentacion lo enreda todo; y eso hasta tal punto, que, si toma parte en la más humilde de las industrias, al momento la trasforma en un nudo gordiano de complicaciones. Supongamos, por ejemplo, que quiere reglamentar los especieros como el crédito; al momento surgirian las formidables cuestiones siguientes: ¿Cuántos especieros son necesarios en cada poblacion? ¿En qué sitios se colocarán? ¿De dónde importarán las especias? ¿Cuánto deberán ganar? etc. Si las razones alegadas en favor de los Bancos privilegiados son buenas para las demás industrias, es preciso reglamentarlas á todas; si son malas para las otras industrias, sonlo para los bancos, y es preciso no reglamentarlos.

¿De dónde proceden esas razones alegadas en favor de los Bancos? De ese eterno error teocrático, que supone una sola inteligencia capaz de saber todo lo que millones de inteligencias deben saber en conjunto, dividiendo entre sí el trabajo del estudio. El legislador que reglamenta la industria se atribuye á sí mismo la omniencia, y la omnipotencia, y eso no es muy modesto. Del mismo error proceden gran número de utopias, que han gobernado el mundo alternativamente: se cree comunmente que la utopia es un sistema im-

practicable. ¿Cómo? La reglamentacion es una verdadera utopia; dígase cuanto se quiera en contrario, y todos sabemos por esperiencia que es practicable. ¿Hay por ventura utopia más antigua? ¿Y no se viene practicando? ¿Y quién sabe hasta cuándo se practicará?

### III.

Dando siempre el crédito ocasion á una deuda de mercancías ó moneda, cuando el deudor no puede pagar al término del plazo conyenido, perturba la economía particular de su acreedor, y si se repiten hechos de la misma naturaleza en gran número, la sociedad sufre en más ó en menos: pero, si se multiplican en proporciones escepcionales, se perturba profundamente la economía general, y se produce lo que se llama una crisis. Se dice crisis comercial, industrial, financiera ó monetaria, segun que procede particularmente del comercio, de la industria, de un exceso de gastos públicos, ó de insuficiencia de moneda. En realidad, todas las crisis, sin excepcion, participan de todos esos caracteres á la vez, puesto que la economía de las sociedades es solidaria en todas sus partes.

Todos recordarán lo que se llamó *fiebre de caminos de hierro*; la gran manía de exportacion, despues de haberse emancipado las colonias españolas, manía tal y hasta tal punto ciega, que hizo salir un cargamento de patines de Inglaterra con destino á Rio-Janeiro; las empresas desenfrenadas á que ha dado lugar tantas veces, y en todas partes, el comercio de granos, de algodón, de lanas etc., cuando se suponía algun déficit considerable en su cantidad disponible; y si no se recuerda nada de todo eso, podemos sin presuncion anunciar, que no faltarán ocasiones de presenciar hechos semejantes. De cualquiera manera que sea, lo que se verifica en esas diferentes circunstancias, no son sino operaciones á descubierto, cambios á crédito, en infinito número mayor que el reclamado por la naturaleza de las cosas; en otros términos, son compromisos de dar ó recibir cantidades de mercancías enormemente mayores que las existentes.

Es fácil formarse una idea exacta de semejante fenómeno, reflexionando lo que frecuentemente está pasando todos los días, cuando los Gobiernos medianamente consolidados, piden un empréstito de algunos cientos de millones. Esos empréstitos dan muchas veces ocasion á ofertas mayores que la demanda, y por consiguiente á reducciones de la suscripcion; así que, previendo esto, un gran número de suscritores ofrecen dos, tres, ó diez veces más de lo que pueden dar, y la suscripcion total aparece desde luego infinitamente mayor que la pedida. Si los Gobiernos, en tales casos,

podrían y quisieran exigir el pago de todo lo suscrito, claro es que provocarían una crisis.

Hé aquí precisamente lo que pasa en el comercio de aquellas cosas, sobre el cual se arroja, por decirlo así, con furia la especulación; en semejantes casos, que no son raros, se hace imposible el cumplimiento material de los compromisos; y de ahí la crisis ó liquidación forzada de los descubiertos del crédito. Algunos deudores pagan por medio de compensaciones, como se hace para los tratos á plazo en las Bolsas; otros obtienen nuevos plazos; otros, en fin, que no pueden dar ninguna compensación ni obtener plazos, se declaran en quiebra, y arrastran tras de sí una masa considerable de comerciantes como ellos, enteramente extraños muchas veces á la descabellada especulación que los arruina por reacción. Si se considera además, que esa especulación desordenada ha dado lugar ántes de la crisis que viene á coronarla á fluctuaciones enormes del valor en provecho de unos y en perjuicio de otros, se comprenderá que el mal que produce es mucho más intenso aún que el recibido por los especuladores, al no poder dar ó recibir todo lo que han vendido ó comprado.

Muestra, á este respecto, es que los Bancos privilegiados entran por una buena parte en la provocation de semejantes crisis: pero no creemos que puedan conjurarlas, como algunos quisieran. Cuando se producen los hechos que causan las crisis, es preciso que haya crisis: los que esperan que los Bancos puedan hacerles el servicio de salvar su crédito, comprometido por sus propias aberraciones, olvidan que la misión de esos establecimientos es la de ser intermediarios, instrumentos sólo para facilitar la circulación de la riqueza. Si pueden ejercer una saludable influencia sobre el crédito, ha de ser limitándose á la simple función de intermediarios, rechazando como peligrosa utopía toda insinuación relativa al estímulo ó alivio que deben al comercio y á la industria.

Sabemos muy bien que en los momentos de liquidación forzada de los descubiertos del crédito, llamada crisis, la moneda, por abundante que sea, parece siempre insuficiente; lo que hace creer á muchos que, por medio de grandes emisiones de los Bancos, se podría colmar la insuficiencia y conjurar el mal. Pero, ¿quién no vé que esa insuficiencia no es de la misma naturaleza que un déficit ordinario de mercancías? ¿quién no vé que está más bien en las dificultades del que busca moneda, de dar un equivalente ó una garantía del interés á que aspira; ó bien quizá en hallar un comprador al contado de los productos que desea vender? Si sólo se tratara de ampliar las operaciones, podría obtenerse el resultado apetecido,

escaseando la moneda, por medio de una emisión de billetes del Banco; si no se tratase más que de eso, la moneda circularía con ménos rapidez como lo enseña la experiencia; pero no se trata de eso sino de operaciones difíciles y ruinosas, y en momentos en que prevalece la desconfianza, en cuyo caso no podría producir el remedio deseado una gran emisión; por el contrario, la emisión en tales circunstancias agravaría el mal considerablemente. La emisión entónces haría salir á los Bancos de los límites que en todos tiempos les impone la prudencia, y más especialmente en los de crisis. Cuando todo el mundo restringe sus operaciones porque todas aparecen peligrosas, es un contrasentido pretender que los Bancos multipliquen las suyas; cuando la economía social se halla perturbada á causa del abuso del crédito, no puede dejar de ser insensatez la pretension de restablecer su economía natural por medio del mismo abuso. Es preciso tener presente que al lado de los que afecta directamente la crisis, de los que reclaman esa ciega solicitud de los Bancos, se halla un público infinitamente más numeroso, que, si bien le hace sufrir la crisis, no le ataca de frente; el cual puede dejarse sobrecoger por el pánico y no querer aceptar la nueva emisión. ¿Qué se haría en tal caso? Decretar el curso forzado de los billetes: pero ese curso forzado, cualquiera que sea el pretexto que lo colore, ¿dejará de ser la manifestación de la bancarrota?

— Cuando un carruaje, impelido por su propio peso, desciende con peligrosa velocidad, puede ser prudente alguna vez hacer correr los caballos del tiro para evitar un vuelco: pero, ¿se sigue de ahí que todos los carruajes deban descender siempre al escape? Cuando por un exceso de afluencia de viajeros se carece en una estación de un camino de hierro de suficientes locomotoras ó wágones, ¿sería prudente exigir que se pusiera al servicio del público impacientado el material de deshecho á riesgo de una catástrofe? Las enfermedades económicas, como las físicas, no se curan con temeridades ni con milagros; es preciso resignarse á los dolores que causan y enterrar á los que matan. Lo prudente es prevenir las causas; y para conseguirlo, nada conocemos mejor, fuera de lo que cada uno pueda hacer en particular, que dar libertad al comercio en general y al de Bancos en particular.

Se vitupera á los Bancos cuando elevan su tanto por ciento en momentos de crisis; no hay razón para ello, como no la hay para vituperar á un cosechero cuando eleva el precio de sus granos en tiempos que escasean, como no la hay, en casos análogos, para vituperar á un comerciante ó á un industrial. Cuando la demanda de capitales excede á la oferta, es preciso que el interés se eleve: hay

algunos que dicen que no ven esa necesidad; y de ahí nos es permitido inferir que esos señores no ven tampoco la ineludible necesidad de que se eleve el precio de los granos cuando escaseen; pero deben ver, y con mucha claridad, que si la escasez no produce ese resultado, producirá lo que es infinitamente peor; esto es, el hambre antes que llegue la nueva cosecha. Si el interés no se elevara con una mayor demanda de capitales, no habría razón para que se contuviera la demanda, el abuso del crédito se aumentaría, y sabido es que el crédito es inagotable.

Además, es preciso tener presente que el crédito tiene por objeto facilitar la circulación, y no la llenaría si hiciera circular la riqueza existente con más rapidez de la que reclama la naturaleza de las cosas, y mucho menos si pretendiera imprimir la misma rapidez á la riqueza que no existe. En fin, toda elevación de precio es una advertencia que es preciso saber interpretar. El que no tiene cuenta con ella se puede comparar á un demente que no percibe que se quemá acercándose demasiado al fuego.

Se censura también que los Bancos no favorezcan bastante al comercio y á la industria; ¡como si esa fuera su especial misión! Esa censura viene á justificar la que nosotros les dirigimos de provocar hasta cierto punto las crisis, porque supone en sus directores la pretension, por lo ménos, de hacer otra cosa que no responde á la necesidad que deben satisfacer, permaneciendo dentro de los límites de sus facultades reales y en las condiciones necesarias de su propia seguridad; ¡extraña protección la de querer constituir esos establecimientos en providencia industrial y comercial! ¡Siempre la teocracia! Siempre incapaces é infalibles, menores y padres de familia, rebaños y pastores! No hay como dudarlos ya hoy; esa teoría, llevada al dominio de la economía política, produce las consecuencias más funestas para la riqueza pública. Respecto al dominio particular del crédito, si bien no engendra precisamente las crisis, podemos tener la seguridad de que las exagera.

Los Bancos privilegiados, que se pretende constituir en protectores del comercio, proporcionan á los especuladores temerarios recursos que no hallarian en ninguna otra parte. Son, pues, un estímulo para esas especulaciones, á veces sin saberlo; además, con tal que se les dé garantías, ¡qué les importa el uso que se haga de sus capitales reales ó ficticios! Con los Bancos libres, y por consiguiente numerosos, podría aumentarse el número de esos especuladores; pero de seguro que no se presentarían en tan gran escala ni tan poderosos, y extendiendo el mal de la especulación abusiva sobre una superficie infinitamente más exten-

sa, afectaría ménos á la sociedad; correría, por decirlo así, por todos los canales de la economía social, en lugar de llenar desmesuradamente algunos, desbordándose como un río que rompe sus diques. Y no es eso todo cuanto puede decirse sobre el particular; cuando la especulación se hallase por ese medio muy subdividida y esparcida, caería de esa avidez febril que la exalta fuera de medida; no pudiendo operar en escala tan considerable, no tendría el cebo de beneficios tan seductores, y habría de moderarse; desaparecerían las probabilidades de hacer una brillante fortuna en pocos días, lo cual produce un verdadero vértigo que hace olvidar las probabilidades más reales de arruinarse, de hacer bancarrota y deshonorarse. Cuanto ménos se puede ganar más se piensa en lo que se puede perder. Por otra parte, y esto no es de escaso interés, el público puede seguir fácilmente, llevar siempre á su vista las especulaciones en pequeña escala y aprovechar la experiencia que adquiriera por ese medio. Las grandes especulaciones, por el contrario, se le escapan, por decirlo así, completamente, y los males que engendran no instruyen á nadie.

Parece, sin embargo, que cierta centralización del comercio de Bancos presenta algunas ventajas y dá mayores garantías, particularmente para el papel que circula como moneda: pero si esa centralización es en realidad necesaria, ¿se opone á ella la libertad? Jamás diremos que la ley no deba intervenir de ninguna manera en la economía social en nombre del interés comun. Hay más de una prescripción legal que impone, por ejemplo, la uniformidad de pesas y medidas, y la que prohíbe á todos la emisión de un papel pagable al portador y á la vista. Creemos que lo que se llama derecho de regalía de Estado, relativamente á la moneda, no debe estenderse sino al derecho de simple policía que ejerce para imponer la uniformidad de pesas y medidas; y que su pretension de dar curso forzado á monedas ó á papeles susceptibles, por hallarse desacreditados, de perturbar profundamente las transacciones económicas de todas clases, carece de fundamento legítimo en el derecho natural.

(Concluirá)

## UN DRAMA EN EL DESIERTO. \*

## CAPÍTULO XXIII.

Incertidumbre.—Sangre fría.—Diplomacia de Mister Cugnigan.—Los fugitivos.—Oasis segura.—Un extraño asilo.—Merida.—Un cuadro de Rambrand.—Alí médico.—Un crimen frustrado.—Explicaciones.—Dos ruidos.

En vano tendía Mister Cugnigan por todas partes su ansiosa mirada, en vano interrogaba las sombras que huían ante la luz de cien hogueras: su hija no parecía.

Los beduinos, dueños del oasis, habían amontonado á los prisioneros al lado de un pozo que marcaba el centro de aquel islote de verdura perdido en un mar de arena. Seguros de su presa, ocupábanse metódicamente en saquear las tiendas, en recoger los caballos y camellos que vagaban dispersos, en curar algunos heridos y en enterrar á un moro que había muerto en la anterior refriega.

El maltés, que estaba á su lado, tampoco sabía más, y ninguno de los moros á quienes por su conducto interrogó, pudo darle noticias de su hija.

En aquellos supremos momentos de terrible confusión, nadie la había visto, porque nadie se había ocupado más que de su persona.

Lo único que adelantaron con sus pesquisas fué el hacer constar de un modo indudable la desaparición de Meneses y del guía Alí con sus respectivos caballos.

Este dato, por incierto que fuera, derramó un bálsamo consolador sobre el dolorido corazón del inglés.

Bajo aquel exterior frío y apático, Mister Cugnigan abrigaba un corazón tierno y amante que latía sólo por su hermosa hija.

Con la ciega tenacidad del hombre que se ahoga, se aferró á la idea de que el español y el guía habrían podido huir llevándose á su hija, y desde aquél momento empezó á tranquilizarse.

Con esa abnegación sublime que brota sólo en el pecho de los padres, su suerte, por terrible que fuera, le importaba poco desde el momento en que que su hija había podido evitarla.

Sabía que aun le quedaban que arrostrar muchos peligros antes de ponerse en salvo; temía que la persiguieran, pero confiaba en el valor de Meneses, en la astucia de Alí, y sobre todo en que los beduinos no parecían echar de menos á los fugitivos, y se preparaban á pasar la noche en el oasis.

Desde entonces sus labios se cerraron y su rostro

\* Véanse los números 202, 203, 204, 205, 207, 210, 211, 212, 216, 217, 220, 221, 222, 223, 224 y 225.

permaneció impassible, pareciendo extraño á cuanto en torno suyo pasaba.

Su aparente tranquilidad, contrastando con el temor y los incesantes lamentos del maltés, llamaron pronto la atención de los beduinos, los cuales, para premiar la dignidad con que aquel europeo sufría su desgracia, desataron las cuerdas que le sujetaban los brazos, y le ofrecieron algún alimento.

Los beduinos, como todos los pueblos primitivos, tienen en mucho al hombre que, demostrando valor en el combate, sabe, vencido, resignarse á su suerte.

Mister Cugnigan rehusó el alimento que le ofrecían, pero sacó su pipa y empezó á fumar tranquilo en la apariencia, como si estuviera en su tienda rodeado de amigos.

Su sangre fría entusiasmó de tal suerte á los hijos del desierto, que muchos trataron de trabar conversación con él; mas como ni unos ni otros podían entenderse, fuéles preciso desatar también al maltés para que les sirviera de intérprete.

Gracias á esto, y á que uno de los beduinos reconoció en su prisionero al cristiano que había matado una pantera en la trampa que pocos días antes habían tendido á aquél animal, trabaron una conversación bastante animada, de la cual Mister Cugnigan, después de desplegar un gran talento diplomático, sacó el convencimiento de que los prisioneros que había en el oasis eran los únicos que habían hecho los beduinos, y que no se perseguía á nadie, por la sencilla razón de que creían que ninguno había logrado escaparse.

Viendo Mister Cugnigan la atención con que lo trataban los árabes, y algo más tranquilo ya respecto á su hija, indicó que pagaría un buen rescate si lo dejaran en libertad.

Aceptada en principio esta proposición, empezaron á tratarse los detalles, y al poco tiempo quedó convenido que los beduinos conducirían á los europeos á las fronteras del desierto y los pondrían en libertad después que uno de ellos hubiera cobrado en Kebilli 15.000 piastras que el maltés quedó en apurar mediante la palabra que Mister Cugnigan empeñó de devolvérselas.

Arreglado este asunto á satisfacción de todos los beduinos, se entregaron al descanso, dejando tan bien asegurados á sus cautivos, que ninguno trató de burlar su vigilancia.

Las suposiciones que Mister Cugnigan había hecho respecto al paradero de su hija eran fundadas.

En el momento del ataque, Meneses, al cual dicho acontecimiento no sorprendió tanto como podía suponerse, cogió á la joven por la cintura, y levantándola del suelo como si fuera una niña,

corrió con ella hacia el campamento, encontrando en el camino á Alí que venia conduciendo de la brida dos caballos ensillados, y lo que es más extraño, provistos de botas de cuero parecidas á las que usaban los camellos para preservar sus pezuñas de las mortales mordeduras de las serpientes cornudas.

Entonces, mientras todo era ruido y confusion, Meneses montó tranquilamente á caballo, colocó sobre la silla á la jóven, que felizmente habia perdido los sentidos á los primeros disparos, y se alejó á galope seguido de Alí.

Al llegar á los últimos árboles del oasis, varios ginetes les cerraron el camino, pero Alí no tuvo más que pronunciar algunas palabras y los beduinos dejaron el paso franco, permitiéndoles proseguir su marcha.

Despues del primer tiempo de galope, pusieron sus caballos al trote, siguiendo una línea recta paralela á la frontera del desierto.

—¿A dónde vamos?—preguntó Meneses;—se me figura que éste no es el camino de la regencia.

—Vamos al oasis *seguer* (1),—respondió Alí acercando su caballo,—allí vendrán los beduinos á cobrar lo que les debes.

—¡Padre mio! ¡Padre mio! ¡Socorro!—exclamó Miss Débora que acababa de volver en sí.

—No tengais cuidado, señorita, estais en salvo.

—¡Mi padre! ¿Dónde está mi padre?—gritó la jóven incorporándose sobre la silla y tratando de desasirse de los brazos de Meneses.

—Tranquilizaos, Miss Débora.

—¡Soltadme!

—¡Imposible!

—Quiero correr á donde está mi padre. ¿Qué ha sido de él? ¿Por qué no viene con nosotros? ¡Soltadme os digo!

—¡Imposible! Recordad que estas arenas están surcadas por millares de ponzoñosos reptiles, y que en el momento que pusiérais el pié en ellas perderíais la vida.

—¿Qué me importa la vida si mi padre ha muerto?

—No ha muerto, os lo aseguro.

—¿Pues entonces dónde está?

—En el oasis.

—¿Herido?

—Cautivo. Cuando os ví desmayada, os cogí en mis brazos para que no cayérais en poder de los beduinos, y huí de aquella escena de horror acompañado del fiel Alí.

Entonces, al abandonar el oasis, ví á vuestro padre desarmado y en poder de los árabes.

—¿Cómo pudisteis abandonarlo?

(1) Pequeño.

—Vos corriais más peligros, mientras que á el...

—Lo degollarán bárbaramente.

—No lo creais, se limitarán á ponerlo á rescate, y todo quedará reducido á un corto cautiverio.

—¡Oh! que noche más horrible.

—Ya os previne en Túnez de los grandes peligros que teniais que arrostrar.

—Es verdad, entonces me burlé de vuestros consejos y Dios castiga mi imprudencia. ¡Pobre padre; pobre Gomez, los dos han sido víctimas de mis nécios caprichos!

Estas últimas palabras que la jóven pronunció entre sollozos, no tuvieron respuesta por parte de Meneses, el cual se ocupó sólo de avivar el paso de su cabalgadura, dejando que la jóven desahogara su pena vertiendo abundantes lágrimas.

Así viajaron rápida y silenciosamente durante dos horas.

Al cabo de este tiempo se alzó ante ellos una sombra que fué poco á poco aumentando en tamaño y densidad.

—Oasis *seguer*,—exclamó Alí señalándola con el dedo.

Ambos ginetes pusieron á galope sus caballos, y media hora despues entraban en un bosquecillo en cuyo centro se alzaba una gran masa de rocas, por entre las cuales caia murmurando un arroyuelo.

Al llegar junto á las peñas, echó Alí pié á tierra y recibió en sus brazos á Miss Débora, que parecia aletargada.

Meneses le imitó, y despues penetraron con sus caballos en una gruta cuya entrada conocia Alí.

Una vez dentro, Meneses, encendió un fósforo, y tendiendo en el suelo su capote y el jaique del guia, improvisó un lecho sobre el cual fué depositada Miss Débora.

Antes de ocuparse de otra cosa, Meneses ayudó al guia á rodar un gran peñasco hasta la entrada de la gruta, con lo cual quedaron casi encerrados.

Sin embargo, la puerta de la cueva, si bien estrecha, era bastante alta, y para cerrarla por completo tuvieron que arrastrar otras piedras y colocarlas sobre la grande que habian rodado primero.

Hecho esto, Alí buscó á tientas su caballo, sacó de las alforjas una vela que encendió y fijó en la hendidura de una peña, pudiendo ver á su vacilante luz el lugar que habia de servirles de asilo aquella noche.

Era esta una escavacion de unos quince piés de diámetro, formada el techo y las paredes por rocas superpuestas llenas de grietas y hendiduras que formaban sobre las irregulares paredes, grandes manchas negras, caprichosos dibujos que parecian trazados por la mano de un sér infernal.

Para aumentar el horror de aquel oscuro antro, veíase el suelo desigual, áspero, pedregoso, sembrado de huesos y sangrientos restos de animales.

Meneses, asombrado, iba á preguntar dónde estaban, cuando llamó su atención el guía que exclamaba con compasivo acento:

—¡Merída! (1)

Volvió vivamente la cabeza y vió al guía que, arrodillado junto á la jóven, la miraba con atención; corrió junto á él y bien pronto pudo cerciorarse de que el estado de perturbacion en que se hallaba la jóven presentaba síntomas alarmantes.

Su bello rostro estaba encendido, ardorosa la boca, seca la piel, fuertes y rápidos los latidos del pulso, fija y extraviada la vista, á tal punto, que aun cuando tenia los ojos entreabiertos, Meneses no podia decir si estaba despierta ó dormida.

—¿Qué tiene?—preguntó al guía.

Pero éste, en vez de contestar, se contentó con mover la cabeza de un modo bastante significativo y consultar el pulso de la enferma.

Así pasaron algunos segundos, durante los cuales reinó en la caverna el más solemne silencio.

Entonces la gruta presentaba un aspecto siniestro y magnífico á la vez.

Envuelta Miss Débora en los anchos pliegues de su amazona, medio abierto sobre el pecho que competía en blancura con la fina camisa de batista, cuyos encajes cubrian apenas formas de un modelado admirable; desordenado el suelto y rubio cabello, tendidas las manos á lo largo del cuerpo, medio cerrados los ojos, la jóven hubiera parecido muerta á no ser por la fatigosa respiracion que se escapaba trabajosamente por sus rojos lábios.

La luz, colocada casi encima de ella, iluminaba vivamente su rostro, dejando en una media tinta con algunos brillantes toques de claro, á Meneses y Alí, cuya blanca barba y ropas tálares, producian un efecto sorprendente.

Mas allá sumidos casi en las sombras se adivinaban los caballos, y formando el fondo de este cuadro, digno del pincel de Rembrand, las sombrías paredes de la gruta, que más que proteger parecian amenazar á los imprudentes que habian buscado refugio entre ellas.

Después de un detenido exámen, Alí alzó la cabeza, soltó la mano de la enferma, y dijo con este tono sentencioso y enfático peculiar á los árabes.

—¡Enferma! ¡Muy enferma!

—¿Acaso peligra su vida?—preguntó Meneses con ansiedad.

(1) Enferma.

—*Mectub Alá* (1).

—¿La podrás salvar?

—*Alá kibir* (2).

Meneses no insistió más: las respuestas del guía eran demasiado vagas para que pudieran satisfacerle; pero como al mismo tiempo sabia que eran las únicas que le habia de dar aun cuando multiplicara sus preguntas, se conformó y fué á sentarse sobre una peña á la cabecera de la enferma.

En tanto, Alí, después de desembarazar á los caballos del freno, se quitó su jaique, separó algunas piedras de la entrada, y salió de la gruta.

Una vez sólo Meneses, empezó á reflexionar sobre su situacion.

Su plan habia tenido un éxito asombroso; la única contrariedad que habia experimentado era la enfermedad de Miss Débora; pero ésta no le parecia muy grave, y tenia grandes esperanzas de verla curada.

Pero entonces le asaltó un pensamiento terrible.

Miss Débora amaba á Gomez; era tenaz en sus resoluciones, y segun habia tenido lugar de comprender durante el viaje, la jóven sentia contra él una invencible antipatía.

Es cierto que Gomez habia desaparecido, pero tambien podia aparecer de nuevo y destruir con su presencia todos sus planes.

Y aún cuando Gomez, perdido en el desierto, muriera entre las arenas, ¿no podría Miss Débora negarse tenazmente á darle su mano?

Este pensamiento lo hizo estremecer; sus espesas cejas se fruncióron, y al juntarse dieron á su rostro una espresion diabólica.

—¡Oh! ¡no será eso vive Dios!—exclamó levantándose;—no sucederá mientras yo aliente.

Habia cruzado por su cerebro una idea infernal; una sonrisa satánica se dibujó en sus lábios, y tendiendo las manos hácia la jóven, murmuró con ronca y temblorosa voz.

—¡Pese á quien pese, mujer orgullosa, tú misma has de pedirme de rodillas que te conceda mi mano!

Después se precipitó hacia la entrada de la gruta, y empezó á colocar en su sitio las piedras que Alí habia separado para salir.

Mientras trabajaba, sus manos temblaban; sus cabellos, por entre los cuales corrian gruesas y he-ladas gotas de sudor, se erizaban sobre su frente: su mirada de una movilidad vertiginosa, era inquieta, su rostro estaba pálido y en todo su sér se marcaban las profundas huellas que imprime la mano del Eterno sobre la frente del criminal.

Meditaba un crimen espantoso, y para ejecu-

(1) Dios lo ha escrito.

(2) Dios es grande.

tarlo á mansalva, para no ser sorprendido por su cómplice, cerraba la entrada de la cueva.

Terminado el trabajo, corrió hácia Miss Debora, y arrodillándose á su lado notó que la jóven hablaba y se puso á escuchar.

—Sí... te amo... serás mi esposo... Gomez ¿Dónde estás?—murmuraba la desgraciada niña presa del delirio.

—En el infierno, rugió Meneses desesperado lanzándose sobre su víctima con ánimo de consumar el crimen. Pero en aquél momento se oyó un gran ruido á la entrada de la cueva.

Meneses se detuvo aterrado al ver que las piedras que habia puesto pocos momentos antes caian unas detrás de otras y que por la abertura que dejaban se deslizaba el guía.

—¡Maldicion!—murmuró el comisionista incorporándose.

—¡Padre mio!.... Gomez!—suspiraba Miss Débora.

—*Alá kibir*,—dijo Ali al entrar, y su mirada clara y penetrante se clavó en el jóven que instintivamente bajó la cabeza.

—Parece que he llegado á tiempo pensó Ali;—y luego sin hablar palabra depositó en el suelo dos haces de yerba que traía á las espaldas, sacó una calabaza llena de agua del arroyo vecino, y cogiendo á Miss Débora por los hombros la hizo incorporar un poco y tragar algunas gotas del refrigerante líquido.

Hecho esto volvió á cerrar la entrada, repartió entre los caballos uno de los haces, el más grande, y cogiendo algunas hojas de otro las empezó á machacar entre dos piedras.

Mientras trabajaba preguntó á su compañero, que habia vuelto á acostarse al lado de la enferma.

—¿Por qué cerráste?

Meneses se turbó; vaciló algun tiempo como si buscara una respuesta y despues contestó.

—Por prudencia.

Ali pareció satisfecho con la respuesta, y siguió su misteriosa operacion.

Así pasaron en silencio algunos minutos, al cabo de los cuales, Meneses, tomando á su vez la palabra, preguntó:

—¿Qué haces?

—Un remedio.

—¿Crees que sea eficaz?

—*Sha-an Alá* (1).

—¿Dónde estamos?—prosiguió preguntando el comisionista.

—En una cueva de oasis *seguer*.

—¿Por qué no me has llevado fuera del desierto?

—Aquí vendrán los beduinos á recoger el resto

de la paga; ellos han cumplido el trato; tú debes cumplirlo tambien. La lengua del hombre es de un sólo color.

—Siempre he pensado cumplir mis compromisos; pero fuera del desierto...

—El beduino está en guerra con el Bey, y fuera del desierto su vida peligra siempre.

—¿Y si se arrepienten y me la quitan?

—Han jurado.

—Es que Miss Débora puede verlos, y entónces todo se ha perdido.

—Iremos fuera, y no los verá; además está enferma.

Las respuestas del guía eran tan lógicas y sensatas, que Meneses no insistió más.

Alí hizo una especie de cataplasma con las hojas machacadas, la aplicó sobre la frente de la enferma, rodeó con ella sus pulsos, la dió de nuevo á beber agua con jugo de un vegetal, y se sentó á su lado. Así pasaron en silencio hora tras hora, hasta que la vela se consumió sobre la peña, y la tenue claridad del crepúsculo, filtrándose por las grietas que entre sí dejaban las rocas, iluminó débilmente aquel sombrío recinto.

En aquel momento un ruido espantoso cruzó los aires.

Alí saltó como despedido por un resorte, y corrió á sujetar á los caballos que se agitaban dominados por un espanto invencible, y Meneses imitándole se precipitó sobre su carabina.

Despues de algunos segundos, quizá medio minuto, que Ali empleó en atar sólidamente á los caballos, el ruido se repitió, más sonoro, más terrible, más potente y más cercano que la primera vez.

#### CAPÍTULO XXIV.

Desengaño.—Retirada.—El faro.—Muere el caballo.—El naufrago en la arena.—El cantor nocturno.—Mustafá.—Convenio.—¿Qué será?—Un disperso.—Un reconocimiento.—Noticias tranquilizadoras.—En busca de Miss Débora.—¡Cautivos!

En tanto Gomez, empeñado en capturar el precioso animal que corria delante de él, tendido sobre el cuello de su caballo, desgarraba sin piedad sus hijares y volaba por el desierto envuelto en una nube de menuda arena.

Ya Diana jadeante, rendida, con la lengua casi fuera de la boca, se habia quedado atrás; sus fuerzas no la permitian dar un paso más en aquel terreno movible y abrasador; el caballo habia tropezado dos ó tres veces y el sol estaba próximo á su ocaso cuando Gomez, tirando de la brida, puso fin á su loca caza.

La gacela, para la que aquella veloz carrera no era más que un juego, daba enormes y repetidos

(1) Si Dios quiere.

saltos, se detenía, volvía hácia atrás, y parecía desafiar al cazador.

Con gran disgusto suyo tuvo Gomez que vencerse de que para forzar á aquel animal, era preciso tener un caballo descansado y una buena jauría de corredores galgos.

Volvió atrás la cabeza y se encontró sólo en el desierto; los otros cazadores, los árboles del oasis habian desaparecido por completo; únicamente á dos tiros de fusil, sobre el camino que habia seguido, pudo descubrir á favor de las últimas luces del crepúsculo, una mancha oscura sobre la amarilla arena.

Aquella mancha era el cuerpo de Diana que agonizaba de cansancio.

Volvió entonces la bridas y regresó al paso, porque su caballo, medio reventado, no podia andar más deprisa.

Además del cansancio y de la ardiente sed que le acosaba, iba el jóven muy disgustado.

Sobre no conseguir su objeto, despues de haber estropeado á su caballo, se echaba en cara el mal rato que habia hecho pasar á su querida perra.

Cuando llegó á su lado, Diana se levantó trabajosamente meneando la cola y, bajando humildemente la cabeza, como si pidiera perdon á su amo por no haber tenido fuerzas para continuar la caza. Condolido Gomez del lastimoso estado en que la veia, le dirigió algunas palabras cariñosas, é inclinándose sobre la silla, la cogió por la piel del cuello izándola sobre el caballo; despues de lo cual prosiguió lentamente su camino.

Gomez habia contado para regresar al oasis con las huellas que habia dejado en la arena; pero al cerrar la noche, estas huellas se hicieron invisibles y no tuvo más remedio que soltar las bridas sobre el cuello del caballo y abandonarse á su instinto.

Así anduvo cerca de una hora; la noche habia estendido sobre el desierto su negro manto tachonado de diamantes, y tal era la oscuridad que apenas el imprudente cazador podia distinguir la cabeza de su caballo.

De pronto allá en lontananza brilló una luz. Era la hoguera que Miss Débora habia mandado encender para que sirviera de faro al jóven.

Gomez comprendió al momento que aquel fuego se habia encendido para él; su corazon, dotado con ese maravilloso instinto que desarrolla el amor, adivinó quizá de quién habia nacido la idea, y espoleó su corcel ansioso de contemplar el peregrino rostro de su amada, más bella para él que un búcaro lleno de preciadas flores.

A pesar de su cansancio, el noble animal, secundando sus deseos, y ansioso tambien de llegar al oasis, partió al trote y la hoguera empezó á crecer por momentos.

Mas de pronto el caballo dió una huida, trató de empinarse, y obligado por la espuela y rienda prosiguió su camino, pero receloso y descompuesto. La conducta de su caballo no era natural; estaba demasiado fatigado para que pensara en hacer piernas, y era evidente que le sucedia algo extraordinario.

Una idea terrible cruzó por la mente del cazador. Se acordó de los cerastos, de las serpientes negras que vagan por el desierto durante la noche, y temió que hubieran picado al pobre animal.

Queriendo de todos modos pasar el peligro cuanto ántes, lo puso á galope y corrió así algun tiempo. Despues el caballo dió un traspies, vaciló y el ginete pudo apercibirse que temblaba de un modo-estranño y poderoso.

Quiso obligarle con la espuela, pero despues de dar dos ó tres pasos, cayó pesadamente arrastrando en pos de sí al cazador y la perra.

El pobre animal habia sido mordido por uno de aquellos ponzoñosos reptiles y acababa de morir.

Gomez, loco de terror, apenas se hubo desembarazado de los estribos, se subió encima del caballo resuelto á pasar allí la noche antes que esponeerse á sufrir la misma suerte.

Así pasó otra hora, y el fuego, brillando delante de él, le indicaba el sitio donde estaba el oasis; donde estaban sus amigos; donde estaba Miss Débora llorando quizá su prolongada ausencia.

Su situacion se parecia mucho á la del marino que naufraga á la vista del faro que indica la entrada del puerto.

El tambien veia el faro que sus amigos habian encendido para servirle de norte; un poco más y estaba en salvo; pero la fatalidad le habia hecho naufragar á la vista del puerto en aquel mar de arena tan grande y tan terrible como el Océano.

Estando sumido en estas tristes ideas, le pareció oír en el profundo silencio que reinaba, una voz clara y argentina que cantaba en árabe.

Gozoso y admirado, prestó atencion, y pocos momentos despues pudo convencerse de que no se habia equivocado. Lo único que no sabia era si la voz pertenecia á una mujer ó á un hombre, pero en este oasis el que cantaba debia ser un niño.

El nocturno cantor se acercaba, y Gomez pudo oír claramente la siguiente estrofa.

*Handi djela, handi nocorak,  
Handi merkeb fel bjar  
Handi mará mesiaua  
Ach brit arbi Muley. (1)*

(1) Esta canción, muy popular en las fronteras del desierto, dice así literalmente traducida.

Tengo oro, tengo plata,  
Tengo un barquito en el mar,  
Tengo una mujer bonita,  
¿Puedo pedir á Dios más?

Casi al mismo tiempo, presintiendo Diana que se acercaba quien podía prestarles socorro, empezó á ladrar estrepitosamente, pero no del modo que suelen hacerlo sus congéneres cuando están irritados, sino con ese acento cariñoso que emplean cuando quieren llamar la atención de alguno ó celebrar la llegada de un amigo.

Tomada la iniciativa por la valiente perra, forzoso le fué al cazador seguir su ejemplo y dar voces para que acudiera en su auxilio el filarmónico viajero.

Sin duda fueron oídos, porque el árabe interrumpió su canción gritando á su vez:

—*Escun ada?* (1)

Por el tono en que se le hacia comprendió Gomez el sentido de la pregunta, pero en su ignorancia completa del árabe, echó mano de la lengua italiana, casi universal en Túnez y contestó en este idioma.

—Soy un viajero perdido, mi caballo ha muerto, socorredme.

Pasaron algunos segundos, y viendo Diana que no contestaban volvió á empezar sus ladridos y manifestó más de una vez deseos de arrojarse á la arena para correr sin duda al encuentro del que habia hablado.

Un momento despues creyó Gomez ver á su derecha un ligero ruido; miró con atención procurando penetrar con su vista las espesas tinieblas y creyó ver agitarse en la sombra un bulto informe.

Poco á poco los sonidos se fueron haciendo más perceptibles, la sombra se dibujó con más limpieza sobre el oscuro fondo, y el cazador pudo ver que á pocos pasos de él se detenía un moro, caballero en un burro.

Pensaba dirigirle algunas palabras, cuando el moro, hablando en mal italiano salpicado de árabe, le preguntó:

—¿Estár *rumi*? (2)

—Sí, estaba cazando, y al volver, mi caballo ha muerto picado tal vez por una serpiente.

—Culebra malo, mucho por aquí caballo con botas, bueno andar de noche.

—Puedes dejarme montar á la grupa.

—Diana tambien, burro fuerte botas fuertes.

—¿Cómo sabes el nombre de mi perra?—exclamó Gomez acomodándose con ella en las ancas del burro.

El moro lanzó una carcajada, y hostigando con los talones á su cabalgadura se alejó á buen paso dirigiéndose hácia el oasis.

(1) ¿Quién vá?

(2) Bajo el nombre de *rumi* (hereje) designan en África á los cristianos.

Despues volviéndose hácia el cazador dijo.

—Yo estar Mustafá, ser caravano.

—Ya, ¿Y cómo estás por aquí á estas horas?

—No saber eso que dice.

—¿No me entiendes?

—No.

—Te pregunto que por qué causa te encuentro aquí cuando todos están en el oasis.

—Estaba escrito;—replicó Mustafá con gravedad.

—¿Qué es lo que estaba escrito?

—Alá mandar moro, salvar *rumi*; yo estar aquí mectub Alá. (1)

Gomez comprendió que Mustafá tenia sus razones para no ser más explícito, y no queriendo insistir más guardó silencio. Lo esencial para él era que no tardaria mucho en llegar al oasis cuyos árboles iluminados por la llama empezaban á dibujarse sobre el oscuro horizonte, encontrándose allí seguro entre sus amigos, y al lado de su amada Débora.

Así caminaron largo trecho en silencio, hasta que al llegar cerca del oasis Mustafá detuvo su asno y dijo.

—Mustafá es pobre, el *rumi* es *chek*. (2)

—Tienes razon,—dijo Gomez echando mano al bolsillo y sacando dos *bujausas*, (3)—es todo lo que tengo aquí; cuando llegue á mi tienda te daré más.

Mustafá cojió las monedas, las deslizó en la bolsa de cuero que pendia á su costado, y respondió:

—El *rumi* es generoso... *nocorack* (4) buena, se compra pólvora, una gumia, todo, pero Mustafá quiere más.

—Ya te he dicho que te pagaré bien.

—La palabra del *rumi* es de un sólo color y quiero su palabra.

—Bien hombre,—exclamó Gomez que no pudo contener la risa al ver la desconfianza de su compañero;—te doy palabra de pagarte bien.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Mustafá estaba lejos cuando la caravana cojió las arenas de oro.

El *chek* mandará esta noche que le den palos y Mustafá no quiere.

—Es muy justa tu repugnancia.

—Que el *rumi* diga que he estado con él y Mustafá libre.

—No tengas cuidado, diré lo que tú quieras y nadie te hará daño.

(1) Escrito por Dios.

(2) Jefe.

(3) Moneda de plata que vale cinco piastras.

(4) Plata.

Estas palabras tranquilizaron al morito, el cual arreando de nuevo, se dirigió al oasis.

Ya estaban bastante cerca, cuando vino á sorprenderlos el ruido de una descarga.

Era la que hicieron los beduinos al sorprender la caravana.

Gomez, mirando sólo el peligro en que se hallaba su amada, quiso precipitarse al suelo y correr á su defensa, pero Mustafá, adivinando sus intenciones, le cojió por un brazo y sujetándole con un vigor que no hubiera podido esperarse de su corta edad, le dijo al oído:

—Ellos muchos, matar pronto; serpiente mucha, morir sin llegar.

Gomez comprendió las razones del moro y se detuvo; no le asustaba el número de enemigos que tuviera que combatir, sino los asquerosos reptiles que detendrían su marcha antes de que pudiera dar cuatro pasos.

Vivo, podría ser útil á su amada; muerto por el venenoso aguijón de los cerastos, no podía servirle para nada, y el sacrificio de su vida sería enteramente inútil.

Esta reflexion le hizo permanecer tranquilo sobre el burro, mientras que la más cruel ansiedad desgarraba su alma.

Desde el sitio en que se encontraban oían distintamente los disparos, los gritos de los combatientes y los ayes de las víctimas.

Cada detonacion, cada lamento, aumentaban las angustias del jóven.

Los siniestros rümorez de la lucha hacían en su corazon el efecto de cruzadas y candentes flechas.

Felizmente, aquella situacion no podia sostenerse mucho tiempo y el combate cesó.

La lucha, como sabemos, fué corta. Á los disparos y gritos de furor mediaron las alegres exclamaciones de la victoria.

Casi en seguida se destacaron del oasis algunas sombras que surcaron el desierto en todas direcciones.

Una de ellas, un camello ensillado y provisto de sus correspondientes botas pasó cerca de los viajeros. Mustafá silbó de un modo peculiar, y el camello se detuvo dando lugar á que se acercaran á él y subieran sobre su robusto lomo, alejándose en seguida á buen paso.

Aquel camello pertenecía á la caravana y asustado por los tiros, habia, como otros muchos, huido del oasis.

Detras de ellos habian salido á recojerlos algunos beduinos, y para evitar su encuentro era por lo que Mustafá se alejaba sin cuidarse del inteligente asno que galopaba en pos de su amo.

Restablecida la tranquilidad, Gomez y Mustafá celebraron consejo, del cual resultó que el primero

y Diana se quedarían en el camello, sin moverse de allí bajo ningun pretesto, mientras que el segundo, caballero en el burro, trataría de acercarse al oasis y averiguar lo que habia sucedido.

Adoptado este plan que, dadas las circunstancias era el más razonable, Mustafá se trasladó á su borriquillo y bien pronto se perdió en la oscuridad.

Dos horas despues, horas largas, terribles, mortales, durante las cuales tuvo Gomez que estar luchando sin cesar contra la irresistible tentacion de abandonar su puesto y acercase al oasis, volvió el moro. Segun sus informes, las tiendas habian sido saqueadas por una fuerte banda de beduinos que estaban aun acampados allí.

Casi todos los individuos que componian la caravana de buscadores de oro estaban presos y maniatados.

Habia visto al check, á Mister Cugnigan y al maltés; estos últimos estaban libres; pero no habia visto por ninguna parte al guía Ali, á Meneses y á Miss Débora, los cuales debian haber escapado de los beduinos, pues tambien habia notado la falta de los caballos que montaban Meneses y el guía.

Estas noticias tranquilizaron algun tanto al jóven, decidiéndole á conformarse con el parecer de su compañero, que era esperar allí la llegada del dia, á cuya luz le sería más fácil observar los movimientos de los piratas del desierto y seguir las huellas de Meneses y el guía, los cuales, segun Mustafá, debian haber huido con la jóven.

Tomada esta resolucion, Mustafá se acomodó sobre el camello lo mejor que pudo, y pocos momentos despues roncaba como un hombre exento de cuidados.

En cuanto á Gomez, léjos de imitar á su compañero, pasó en vela toda la noche, ocupado en interrogar ansiosamente el horizonte como si quisiera adelantar la llegada de la aurora.

Apenas vió Gomez que el dia se acercaba, despertó á su compañero.

Restregóse Mustafá los ojos, se desperezó una y otra vez, examinó atentamente el suelo y cerciorado que ya los venenosos reptiles habian desaparecido, saltó á tierra haciendo acostar inmediatamente al camello, de suerte que quedaron completamente ocultos detras de la colinita.

Hecho esto, se tendieron sobre la arena para desde allí vigilar los movimientos de los beduinos que ocupaban el oasis.

Allí estuvieron más de dos horas; el sol empezaba ya á calentar bastante, y la sed les hacia sufrir de un modo espantoso.

Hacia más de quince horas que el jóven y su perra no habian probado una sóla gota de agua; sus fauces estaban secas, y eran presa de una ardiente fiebre.

Por fin empezaron á notar algun movimiento en el oasis: los árabes fueron saliendo poco á poco, se agruparon en el desierto y se alejaron de los árboles. Gomez, con ayuda de sus gemelos de viaje, pudo ver que eran un gran número, bien montados y armados, y que llevaban en medio á los prisioneros, entre los cuales, como habia dicho Mustafá, no estaban ni el guía Alí, ni Miss Débora, ni Meneses.

Cuando ya los beduinos estuvieron bastante lejos para que no pudieran descubrirlos, Mustafá montó en su asno, Gomez en el camello, y los dos se acercaron al oasis, que en efecto estaba desierto.

Su primer cuidado fué apagar la ardiente sed que les devoraba, comieron despues algunos dátiles é higos chumbos, únicos alimentos de que podian disponer, y restauradas sus fuerzas de esta suerte, empezaron á hacer investigaciones.

Para hablar con rigurosa exactitud, Mustafá era el que, ayudado de Diana, buscaba algun indicio que les indicara el camino que habian seguido los fugitivos, mientras que Gomez, que nada podia hacer, seguia con ansiosa curiosidad los pasos de su compañero, que, inclinado sobre la tierra, examinaba una á una las numerosas y entrecruzadas huellas que se veian impresas por todas partes en aquel terreno húmedo.

Por fin el moro y Diana debieron haber encontrado lo que con tanto afán buscaban, por que salieron del oasis siguiendo una pista invisible para Gomez, y entraron en el desierto siguiendo el mismo rumbo que poco antes habian tomado los beduinos.

—¿Donde vamos?—preguntó Gomez que seguia detrás llevando del diestro á los dos animales.

—Cristianos andar aquí. Alí tambien.

Gomez examinó las huellas, pero no encontró nada que pudiera hacerle sospechar que aquellas eran las que buscaban; sin embargo tal era la fé que tenia en la sagacidad del moro y en el instinto de Diana que guardó silencio y siguió detrás.

Por un momento sus esperanzas parecieron querer huir.

La pista que con tanto afán seguian se confundia con la ancha huella que al pasar habian dejado los beduinos en la arena.

Mustafá y Diana parecian desconcertados; pero no vencidos.

El moro hizo observar á Gomez que los caballos cuya pista seguian iban calzados con botas, lo cual indicaba que habian viajado de noche, mientras que los de los beduinos llevaban todos desnudos los cascos.

Gracias á esta observacion pudo el jóven descubrir de vez en cuando la marca de una bota impresa en la arena.

Poco á poco estas señales fueron inclinándose

algo hacia el Sur, y aunque parecian seguir siempre el mismo camino que los beduinos, se veian claras y aisladas.

Entretenidos con sus pesquisas, mirando siempre al suelo, no vieron como aparecieron varios ginetes en el horizonte, como se desplegaron en batalla y lanzándose á escape se dirigian hacia ellos, suelto el jaique y preparadas las espingardas.

Un gruñido de Diana les avisó el nuevo peligro que corrian; pero ya era tarde.

Cerrado por los beduinos, la fuga era imposible, la resistencia temeraria.

JOSE ALVAREZ PEREZ.

(Concluirá.)

## MISCELÁNEA.

### TEATROS.

En la última semana se estrenaron en el teatro de Apolo las comedias *Caer en la trampa* y *Consuelo... de tontos*. La primera es un juguete cómico dialogado con facilidad, de D. Eduardo Sanchez Castilla, que fué llamado á la escena al final de la obra. La segunda, *Consuelo... de tontos*, parodia de la última obra de Ayala, fué muy aplaudida, y su autor, D. Salvador María Granés, tuvo que presentarse en el palco escénico, á la terminacion de la obra, acompañado de los actores.

—El martes se estrenó con buen éxito en el teatro del Principe Alfonso, por la compañía que dirige el Sr. Arderius, la revista en tres actos, de gran espectáculo, titulada *El diablo Cojuelo*, escrita con gracia por los señores Ramos Carrion y Pina, con música muy agradable de Barbieri; decoraciones buenas de Busato, Bonardi, Vals, y Dardalla; bailables compuestos por Rossi, trajes de D. Aquilino Perez y atrezo de Bueno.

El público llamó á los autores al final de la obra, y á los pintores en los finales segundo y tercero. La concurrencia numerosa.

—El afortunado Circo de Price se vé diariamente muy concurrido, y sobre todo los viernes, que son dias de moda, á causa de la magnífica compañía que ha reunido este año, y que cada dia aumenta con artistas tan notables como los que han debutado últimamente, señores Lafoulen, Leonce, Henry Vaughan, Giovanni, Alves da Silva y el jóven Abdy, todos los cuales han sido muy aplaudidos. El actual director del Circo, Sr. Parish, bien puede estar satisfecho del público madrileño que premia de este modo los esfuerzos que hace por agradarle.

—Los jardines del Buen Retiro no se han visto estos dias tan concurridos como de ordinario, á consecuencia de la desagradable temperatura. Sin embargo, no ha faltado algun público, que ha aplaudido en los últimos conciertos á la Sociedad de profesores que dirige el Sr. Vazquez, á los artistas americanos Mason y Dixon, y á la Sra. Toda, Sres. Carratalá y Fernandez, y demás artistas.